
El Camino de Sauces
TONY DURÁNS

El camino de Sauces

TONY DURÁNS

Título: El camino de Sauces

Edición publicada en junio de 2023

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques

El Camino de Sauces

TONY DURÁNS

«La soledad es la mejor respuesta para un mundo plagado
de corazones vacíos y malvados».

1

Solo algo así era capaz de iluminar una ciudad muerta. De igual modo, solo algo así le hacía recordar a todo el mundo que su alma se podía teñir del color de la ceniza; cabía esa posibilidad. Como suelen hacer las cosas que atormentan, el camino de sauces apareció donde a él le vino en gana, sin avisar, sin contemplaciones y en un claro sinsentido, rompiendo la lógica de la calle. Se podría decir que apareció casi estorbando, como un trastorno. Esta vez, eligió el corazón de una gran ciudad de altos edificios que en sus primeros años de vida fueron blancos y ahora se vestían de hollín y polvo, desprovista de cualquier cosa que no mostrara un color apagado, rematada con un sistema de alcantarillado humeante. Entre ruido y un ritmo de vida acelerado, el camino se exhibía con un afán de protagonismo exacerbado, pero simulando amabilidad, mostrándose maravilloso a ojos de cualquiera. Como una continuación de la calzada proseguía esa senda de ensueño cambiando los bloques de viviendas por los sauces llorones más espléndidos jamás vistos, como un cuadro colocado en mitad del núcleo urbano. Un lugar onírico que no conocía la noche ni la climatología adversa daba la bienvenida con premura cada día a Freya, luciendo sus divertidas coletas anaranjadas, su océano de pecas balanceándose por su nariz de botón y su carácter solitario. Pasaba por delante del camino mostrando indiferencia, aunque siempre caía en la tentación de mirar su magia de soslayo y suspirar pesarosa, como queriendo liberar una pesada carga, para acabar sentada en un sucio bordillo con aroma a polución ante su imponente entrada. Desde que lo descubrió, cada día pasaba horas sola ahí postrada, acelerando su mente y admirando al hombre elegante sentado ante un bello piano de cola blanco a un lado del camino, rodeado por la única jardinera de la gran urbe. Era lo más cercano a sentirse libre que había experimentado en mucho tiempo. Para Freya aquel pianista inspiraba algo desconocido, no parecía enfadado o desalentado aun estando envuelto en una visión borrosa debido a la contaminación y al clima agrio. Su semblante era agradable y, con el paso del tiempo, la joven pelirroja pudo confirmar esa primera impresión; en cambio, seguía sin saber qué hacía ese hombre custodiando la entrada de un camino que se perdía en el horizonte. Aun así, forjaron una bonita amistad sin pretenderlo.

Por un breve periodo, cumplió con su cometido y lograba verse

fuera de su jaula personal, pero tal y como sospechaba, esa paz acabó por morir y el camino de sauces fue la noticia que llegó a oídos de todos como la inauguración de un nuevo parque de atracciones con la montaña rusa más alta del planeta. Primeramente, algunos más entusiastas dejaron su rutina a un lado, se pararon a observar y de la noche a la mañana la senda misteriosa pasó a ser su mayor pasatiempo para que, poco a poco, fuera a ser algo necesario en sus vidas y sentir verdadera dependencia por ella. La noticia traspasó muros de hormigón y recorrió la gran ciudad. Y Freya, sin darse cuenta, en apenas un pestañeo, se vio rodeada de gente, que era precisamente lo que quería evitar a toda costa.

Desde primera hora de la mañana, centenares de curiosos se agolpaban ante el camino de sauces para comprobar de qué se trataba y, como ante cualquier enigma, lanzar todo tipo de teorías sobre su origen sin llegar realmente a una conclusión, pero afirmando con vehemencia que sabían a ciencia cierta cómo algo así había surgido de la nada y había transformado de forma tan radical la avenida.

Transcurrido un tiempo, para Freya aquel bordillo dejó de ser un rincón en el que sentirse tranquila y pasó a ser un rincón en el que sentirse castigada, pues ese escondrijo secreto acabó siendo propiedad de los últimos que llegaron.

—Ya está aquí la zanahoria —avisó un hombre de mirada sombría al resto, acompañado de un bufido—. Podría quedarse en su casa.

—Solo viene a molestar —añadió otro hombre achaparrado con gesto despectivo.

Freya llegó a la entrada un día más, cruzó por delante del camino sin necesidad de adentrarse en él, se tensó por los centenares de ojos que la observaban y le dio los buenos días con falsa alegría al peculiar pianista.

—Buenos días, Klavier.

—Buenos días, querida Freya. ¿Hoy también necesitaba un respiro?

—Puede... —dijo ambigua.

—¿Hoy tampoco me concederá el honor de verla cruzar hasta el final?

—No, lo siento —comentó cándida, negando también con la cabeza —, pero gracias por la invitación.

—No hay de qué. ¿Me hará el favor, al menos, de tener un bonito día?

—Haré todo lo posible —respondió arqueando las cejas y señalando con la cabeza al grupo que custodiaba el camino y la condenaba con la mirada.

—No crea que no comprendo su situación.

—Adiós, Klavier.

—Adiós, querida. —Hizo una reverencia desde su asiento.

Aquel rincón sepultado por un monstruo simétrico desprovisto de paz al que todos llamaban hogar, encontrándose muy lejos de dicho término, ya no servía como lugar de solaz a pesar de que en apariencia estuviera más cerca de parecer una celda sin barrotes. Freya gustaba, o más bien necesitaba, de separarse del vocerío mundano, tener amplias discusiones con aquello que erosionaba su bienestar e intentar convencer a su corazón de que buscar la calma merecía la pena. Conversaciones con su fuero interno que solían quedar inconclusas, se retorcían en las vísceras y no tenían por costumbre llegar a buen puerto.

Como cada vez que se acercaba a aquel paraje grisáceo que una vez pareció suyo, se acomodaba en el bordillo de la acera, sacaba una chocolatina del bolsillo de su chaqueta de cuero con remaches y la degustaba al tiempo que intentaba dejar la mente en blanco. Esta actitud era interpretada como un gran acto de rebeldía por parte de los que su día a día consistía en escudriñar el camino.

—Niña, deja de provocar —la regañó una mujer altanera vestida con pieles caras—. ¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

Ante la pregunta, que parecía retórica, la muchacha respondió con un simple resoplido. No obstante, la mujer insistió:

—Te he hecho una pregunta, niña. ¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

Freya se levantó del bordillo con trazas de chocolate en su labio superior, se azotó el trasero para sacudirse el polvo y chasqueó los dedos. De la nada, hizo aparecer una silla blanca de madera tallada, se arrodilló ante ella y posó su cabeza en el asiento.

—¿Así le parece bien?

—Niña estúpida...

Aquel bordillo pasó a convertirse en el último bastión para la muchacha. Pensó que estaba agotada de ceder. En sus recuerdos predominaba su imagen cabizbaja y asintiendo sin deseo ante cualquier afrenta. El bordillo, por muy anodino que pareciese, era el clavo ardiendo al que se aferró, ya que no le quedaba nada más que defender o, al menos, así lo percibía ella. La gran ciudad acallaba la buena fe de sus habitantes con el paso del tiempo, y la joven rebelde se resistía a convertirse en alguien incapaz de pensar en los demás, con la dicotomía de tener más que claro que prácticamente nadie pensaba en ella.

Con gesto cansado se reincorporó, chasqueó de nuevo los dedos y la silla desapareció dejando un rastro de polvo dorado flotando en el aire que terminó por esfumarse; volvió al bordillo. Con la lengua y poniéndose bizca lamía los restos de chocolate de su labio hasta que quedaron limpios. Recuperó el resto de la chocolatina y continuó con su labor de engullirla. Con la misión cumplida, se guardó el envoltorio para depositarlo más tarde en una papelera y, algo confusa, pudo

comprobar que una cantidad ingente de ojos la juzgaban sin disimulo.

—¿Hoy no va a entrar nadie al camino? —preguntó con un matiz de indiferencia al tiempo que chupeteaba sus dedos impregnados en cacao.

—¿Y por qué no entras tú, niña? —recriminó un hombre apuesto levantando la voz—. Deberías querer entrar como todo el mundo. ¿Se puede saber qué haces ahí sentada todo el día?

—Freya.

—¿Cómo dices?

—Me llamo Freya, no niña.

—¿Y a quién le importa? —intervino otro hombre voluminoso, de aspecto grosero.

—A ustedes, que no paran de mirarme.

Tanta atención cubierta de prejuicios era demasiado cargante, pero Freya se negaba a abandonar su querido bordillo con las laceraciones en el alma que eso conllevaba, ya que el lugar de donde procedía era un ambiente mucho más tedioso. Venía de una casa, no de un hogar, y pasar calamidades fuera de esas cuatro paredes le era más llevadero cuando sentía a Klavier cerca, el cual, permaneciendo en silencio, nunca descuidaba a su amiga pelirroja.

Momentos después, un hombre canoso y de actitud pausada, habiéndose mantenido al margen de la riña, dio un paso al frente y manifestó su deseo de conocer lo que escondía ese sendero de ensueño. Todo quedó en silencio tras la advertencia del hombre. Aquel que tomaba la decisión de mezclarse entre los sauces de la enigmática senda nunca regresaba. Nadie sabía si aquello era una trampa o el hecho de poner un pie en su rosada y pulida piedra, mezclarse entre ramas lánguidas y escuchar el murmullo del arroyo que bajada calmo justo por el medio del camino era tan embriagador que no había voluntad de volver. Este hecho producía angustia e intriga a partes iguales, ya que para más misterio, en el lado opuesto al pianista había clavado en la tierra un cartel de madera con un mensaje nada prometedor:

> «*Todo aquel que desee llegar hasta el final, será bienvenido. De igual modo, si realmente se desea, se podrá deshacer el camino ateniéndose a las consecuencias*».

La inmensa mayoría de las veces la espera era interminable, pero tarde o temprano aparecía un espontáneo incapaz de resistirse a conocer las sorpresas, recovecos y maravillas que escondía ese camino tan espléndido que, con tan solo una pincelada, invitaba a entrar a pesar del aura de misterio que lo envolvía.

Klavier, el pianista, primero observó a Freya con mirada cómplice,

luego cerró un ojo con fuerza y con el otro estudió al hombre que, aún sintiéndose azorado, no se arrugó pese al imponente aspecto del camino. Una vez satisfecho, se crujió los dedos de ambas manos, se estiró la pajarita, carraspeó y se lanzó a las teclas del piano para dar vida a una melodía fría, azulada y lívida, de una tristeza sutil. Acorde al sentimiento que más a flor de piel tenía el hombre que se disponía a cruzar al otro lado.

El temeroso hombre puso un pie en la piedra rosada, se giró para buscar la conformidad del grupo y estos lanzaron mensajes escuetos y aspavientos con las manos invitándolo a continuar, deseosos de ver qué ocurría, aun habiéndolo visto muchas veces. Luego, desvió su atención hacia Freya con cierto aire sumiso, reclamando aprobación por su parte, la cual no se materializó como él quería. A Freya, de un modo parecido al gentío, le era fácil prejuzgar a la persona que tomaba la decisión de sumergirse en las entrañas del dichoso camino.

El hombre llenó sus pulmones de oxígeno, lo mantuvo, posó el otro pie en la piedra y expulsó el aire encerrado liberando algo de tensión. Las notas del piano sonaban más intensas. Los testigos, todos de puntillas, los ojos bien abiertos y el cuerpo inclinado hacia delante, bisbiseaban inquietos, preparados para ver el espectáculo.

—Dele recuerdos a Ziel, al señor Liebe y al señor Hass de mi parte, si no le importa —rogó Klavier al hombre con una educación refinada —. Y no se asuste por los fuegos fatuos. Cuando las cosas se vuelvan oscuras, será la única luz de la que dispondrá.

Justo cuando el pianista terminó su petición y su consejo, un halo de luz azul nació del suelo en forma de espiral y comenzó a envolver al hombre lentamente. Se elevó con elegancia hasta cubrirle por completo mientras el hombre espetaba gemidos de miedo e incomprensión viéndose encerrado por la corriente, notando cómo su cabello blanco y su ropa se agitaban de forma violenta. La energía trémula, al principio sosegada, parecía ganar violencia hasta asemejarse más a un tornado. El hombre prisionero, una vez se vio enfundado por aquella luminosidad extravagante, con un destello potente muy molesto para el resto y en apenas un parpadeo, se halló en el mismo lugar, estático y desorientado, con la sensación de haber viajado al otro lado del cosmos, a una dimensión desconocida, en una suerte de agujero de gusano en medio de la ciudad. Las personas desde fuera del camino podían vislumbrar al hombre a través de una capa transparente que se comportaba como una pared de agua vertical. Reaccionaba con cualquier estímulo formando ondas, como pequeñas piedras lanzadas a un lago. No obstante, el hombre al girarse solo acertó a ver su reflejo atónito en un espejo impoluto. Lo estudió y lo palpó intrigado. Primero intentó volver buscando algo por donde poder empujar, un picaporte o algo semejante para regresar a

su realidad. Al no conseguirlo, crecieron sus nervios y pasó a golpear el espejo pidiendo auxilio con la esperanza de romperlo y poder liberarse; le invadió el pánico. Su propia imagen afligida golpeándole le supuso todo un calvario que se transformó en dolor físico. Los presentes se escandalizaron al ver la escena, pero nada podían hacer por él, aunque sus intenciones no pasaban por jugarse el pellejo por el hombre que se comportaba como un animal enjaulado, sino más bien sentirse como personas afortunadas contemplando una desgracia ajena. Tras varios minutos con el gesto desencajado, lleno de frustración, dolorido y sintiendo cómo los músculos comenzaban a agotarse, el hombre comprendió que solo existía una dirección. Se volteó y se dedicó a ojear cada detalle de su nuevo mundo: los sauces, el murmullo del arroyo y el cielo vivaz. Estupefacto por lo que tenía ante sus ojos y antes de poder asimilar todo lo ocurrido, se llevó otra gran sorpresa al ver cómo unas criaturas brillantes llegaban para recibirle. Luminosos y de formas indeterminadas, los fuegos fatuos de tono esmeralda lo invitaban a proseguir con voz cautivadora y un vuelo suave. El hombre, dubitativo, temblaba cuando algún ente rozaba su piel, dio varios pasos, se camufló entre los árboles y pronto se le perdió la pista desde el otro lado del portal. La capa mágica transparente se deshizo como una burbuja emitiendo un sonido divertido.

Debido a una fuerza inexplicable, una vez que una persona tuviera el arrojo de lanzarse hacia dicha creación fantástica, el resto de transeúntes, por mucho que deseasen hacer lo mismo, se veían incapaces. Nadie sabía el motivo, pero sí sabían las supuestas consecuencias, pues siempre había ocurrido así. Por ello, las teorías nacían y crecían descontroladas hasta convertirse en hechos irrefutables. El pianista, siendo testigo de todas estas habladurías, se mantenía en silencio como acostumbraba a hacer, aunque a veces su rostro delataba su hastío.

—¿A dónde habrá ido? —preguntó una anciana vestida elegante.

—Seguro que ha caído por un precipicio o una cascada —elucubró un joven con desparpajo.

—¿Usted cree?

—No me fío de esas cosas verdes —expresó áspera una chica voluptuosa.

—Sea lo que sea, pobre diablo que ya no volverá nunca más —sentenció la mujer altanera.

Con el acceso al camino recuperando una relativa normalidad, Freya permanecía sentada en el bordillo con la barbilla apoyada en las manos expresando aburrimiento, sin mostrar emoción alguna por el conjunto de luces y colores y las elucubraciones de la gente. El resto continuaba boquiabierto. Cuando el Sol de la ciudad amenazaba con

posarse sobre los edificios y el cielo se coloreaba en tonos cálidos, algunos emprendieron la vuelta a sus casas, como siempre, comentando lo ocurrido. La muchacha, resignada por no haber encontrado la paz que andaba buscando en su preciado bordillo, imitó a los que abandonaban la entrada al camino, se levantó ágil y tomó la decisión de marcharse. Cruzó por delante de la irreverente caterva que se resistía a regresar y tomó rumbo a su complicada morada.

—Hasta pronto, Klavier.

—Hasta pronto, Freya —se despidió con una nueva reverencia más cariñosa—. ¿Me honrará mañana con su presencia?

—Puede… —respondió enternecida. Después, con cierta timidez, le envió un beso con la mano.

—Estaré impaciente.

La gran ciudad, atestada de aluminio, carteles parpadeantes y pequeños árboles secos, obligando durante el día a elevar la voz para poder mantener una conversación, comenzó a hacer de las suyas. Freya pasó a sentirse vacía. La única compañía que parecía comprenderla era su propia cabeza. En ocasiones, la joven proyectaba mentalmente escenas y discusiones con las personas que tanto la irritaban, acabando por dar un argumento tan sólido que la persona de su imaginación no era capaz de rebatir. Al principio, esta costumbre le hacía sentir todo lo bien que podía reconfortar una fantasía hasta que dicha quimera dejó de ser suficiente para calmar su ansiedad. Otras veces, era su propia mente la enemigo a batir por los innumerables atolladeros que había sufrido a lo largo de su escueta vida. Ahora, sintiéndose un recipiente para que el resto depositara su porquería, pasar desapercibida le parecía la mejor de las ideas.

2

El día amaneció metálico y mortecino. El pavimento húmedo devolvía un reflejo deformado con tiznes iridiscentes, culpa de las nubes que se retorcían y hacinaban, construyendo un techo translúcido para los rayos del Sol, dejando caer agua de forma intermitente. Sin embargo, la entrada del camino se mantenía esplendorosa en su singular primavera eterna, al margen del mundo exterior. Obedecía a unas leyes diferentes que, por supuesto, nadie conocía. Klavier no se había movido de su lugar de trabajo y parecía seco y vivaracho, limpiando con sumo cuidado el piano con tela de paño. Era radical el contraste entre el clima acuoso de la gran ciudad, que se había vestido con un semblante aun menos amable, en comparación con el brillo perenne del camino. Hasta el punto donde luchaban ambas estaciones, un regimiento de paraguas y chubasqueros llegó enérgico como mandaban los cánones, a pesar del clima adverso en su lado. Se detuvieron en seco a escasos dos metros e interrumpieron a Klavier por sorpresa.

—Oh, han llegado ya —expresó con un ligero sobresalto—. Tendrán que disculparme por darles la espalda, andaba sumergido en mis labores.

Utilizando la tela de paño, dio dos sacudidas a su asiento y se acomodó, listo para poner banda sonora acorde al estado de ánimo del siguiente voluntario en adentrarse en el pasaje rosado de sauces.

—Pueden proceder.

Como sucedía con frecuencia, al ver vía libre afloraba el desconcierto entre la multitud. Disponían de muchas horas para reflexionar y eso provocaba demoras en una decisión firme. La meteorología era otra desventaja a sumar para tal tesitura. Al tiempo que todos se estudiaban entre sí y debatían con timidez, Freya apareció con paso lento, esta vez sin un dulce que llevarse a la boca. El comentario peyorativo sobre la muchacha no se hizo esperar.

—Ya llegó la niña impertinente —señaló chulesca una joven coqueta.

La crítica sobrevoló la cabeza de Freya, pero Klavier, rápido de reflejos, aporreó su piano para evitar que llegara a los oídos de su amiga y, de paso, lanzar una especie de aviso de dura desaprobación, acompañada de una mirada inquisitiva.

—Buenos días, Klavier —saludó apática—. Gracias por el intento,

pero lo he escuchado.

El cuerpo del artista pareció desinflarse ante la aclaración.

—Buenos días, *madame* Freya. Percibo en usted un evidente lastre.

La muchacha cayó en la cuenta al escuchar al pianista que su rostro hablaba por ella, lo que le provocó cierto pesar.

—Así es —acertó a confirmar—. Veo que no se le escapa una.

—¿Puede un hombre atribulado saber el motivo de su desconsuelo?

Tras una pausa, un suspiro y una disputa interna, decidió bajar la guardia y abrirse. El pianista esperó paciente, con el corazón agitado por creer que el asunto pudiera ser de gravedad.

—Klavier, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

—Es evidente que sí.

La joven acarició el piano, melancólica, en tanto suspiraba intentando hallar la forma de expulsar unas palabras simples que se le atragantaban.

—¿Alguna vez se ha sentido solo? —preguntó al fin vacilante.

—Oh, por supuesto, infinidad de veces, sin duda.

El pianista se deslizó hacia el borde del asiento y dio varios golpecitos en el lado opuesto, invitando a Freya a sentarse para poder escuchar con atención. La muchacha pelirroja, abstraída por la buena disposición de Klavier, aceptó de buena gana la oferta.

—¿Qué necesita saber de la soledad, querida?

—Pues... —musitó llevándose el dedo índice a los labios a la par que los fruncía buscando una respuesta—. Imagino que necesito saber lidiar con ella. ¿Usted cómo lo hacía?

Klavier rio con fuerza, echando el cuerpo y la cabeza hacia atrás, mostrando unos dientes rectos que andaban siempre ocultos tras un bigote poblado. Las personas bajo los chubasqueros y los paraguas se mantenían al margen de la conversación. Solo se limitaban a lanzar conjeturas sobre el tema que estuvieran tratando, tachándolo de estúpido.

—Me hace usted reír mucho —dijo con devoción—. Lamento comunicar que no he hallado solución definitiva para tal empresa.

—¿Aún se siente solo? —preguntó Freya compungida.

—Espero que mis palabras no afecten a su estado de ánimo —agregó con delicadeza—. Soy muy consciente de la estima que usted me profesa, pero me veo en la obligación de responder de forma afirmativa.

Sonrió con nostalgia, esperando que su respuesta no hiciera mella alguna. Freya devolvió una sonrisa que delataba que el deseo de su amigo no se había cumplido.

—Lamento oír eso.

—Por fortuna para mí, la música supuso un refugio de lo más acogedor. Mitiga de forma eficiente cada una de las dolencias del

alma. Esa gente que tantos enojos provoca está convencida de que toco para ella, sin embargo, cuando intenta tenerme bajo su control, soy yo el que pone ritmo a sus vidas. Entre usted y yo: les dejo ser felices en su egolatría.

—¿De verdad hace eso? —Rio ligeramente, tapándose la boca con una mano.

—Así es, pero no crea que es algo baladí. Hacerse el tonto no es algo que se consiga fácilmente. De hecho, no siempre tengo éxito.

—Es usted un caso —expresó risueña haciendo una carantoña.

Klavier hizo aspavientos de rechazo con la mano y prosiguió con la preocupación de su amiga, restando importancia a su propia vivencia personal. La multitud bajo la lluvia continuaba concentrada en el camino, salvo en algunos momentos que desviaban sus agravios hacia el dúo de amigos.

—Basta, basta, no se preocupe. Centrémonos en usted, pero gracias por su empatía, querida. —Se llevó las manos al pecho en señal de agradecimiento y prosiguió—: Lo que sí puedo ofrecer es algo a lo que sigue siendo reacia. Y quizás eso ayude con su pequeño contratiempo.

—¿Y qué es?

Klavier posó las manos en los hombros de Freya con mimo, la observó con ternura y se acercó a su oído.

—Su archienemigo: el malvado camino —susurró con un exagerado tono terrorífico.

—¿En qué puede ayudarme entrar en esa cosa?

—Disculpe mi descarada ambigüedad, intente responder a lo siguiente. —Su tono de voz ganó profundidad—: ¿Qué le parece mejor idea, hacerse preguntas con los ojos o hacerse preguntas con el alma?

Con la naturaleza de un conjuro, como si la propia Freya hubiera chasqueado los dedos, a la joven pelirroja se le dibujó un símbolo de interrogación flotante y áureo sobre su cabeza. Levitaba con un sutil vaivén, mecido por sus pensamientos enredados. Era un simple globo dorado que dentro escondía mundos que necesitaban ser explorados.

—Lo siento, no comprendo la pregunta.

En el mayor momento de confusión, cuando Klavier se disponía a exponer un razonamiento, la mujer altanera, empujada por una necesidad extraña que ni ella misma comprendía del todo, decidió dar un paso al frente para traspasar el portal mágico. Esta vez, la preocupación por viajar a la otra realidad no dejó espacio para su soberbia innata. Se adelantó y se repitió el mismo patrón del día anterior, pero para deleite de Freya, la mujer actuó recelosa evidenciando la falta de seguridad que parecía tener. El resto de compañeros alentaba con parsimonia a la mujer, anhelando ver qué ocurría. La turbada señora se persignó, se acomodó el abrigo buscando una sensación de protección y acarició el suelo rosa con el zapato

plano. Cuando la energía comenzaba a cobrar vida, apartó el pie rápido, se volteó y, de nuevo, los que iban a ser testigos de su hazaña la alentaron a continuar. Con rostro airado, retomó la tarea de posar el pie en la piedra y, de un pequeño y cómico salto, se halló al fin en el comienzo del camino. Freya, divirtiéndose por la actitud de la mujer, disfrutando de una breve venganza, tuvo que lidiar con la incertidumbre. Klavier se vio obligado a continuar con su labor de acariciar su amado piano y dejar la conversación para más tarde. Tras un rápido examen de arriba abajo, alzó las manos por encima de la cabeza, las hizo bailar en el aire y lanzó los dedos con celeridad hasta las teclas pulidas creando una pieza tensa, de color púrpura y matices verdes, erizando la piel de los presentes. La energía celeste hizo acto de presencia elevándose anárquica, acompasada con la melodía frenética que salía con vigor del piano de cola blanco, absorbiendo a la mujer como un camaleón con la lengua estirada. La masa cautivada ante el portal seguía sin ser capaz de digerir todo lo que ocurría a pesar de que la escena le era más que familiar. Pronto llegó el destello que indicaba que el conjuro había finalizado con éxito; la mujer había cruzado el umbral de una realidad para llegar a otra. Sin vuelta atrás, el pánico se apoderó de ella y comenzó a golpear la pared de agua exigiendo ser liberada. Sin acertar a darse la vuelta y pidiendo ayuda sin cesar, los fuegos fatuos fueron a recibirla. La envolvían con soltura y hacían vibrar a los arbustos con su vuelo, primero asustando aún más a la mujer para luego, con leves susurros similares a un dulce canto, lograr embelesar a la dama. Ensimismada por el brillo de los entes del camino y apartando las ramas de los sauces mientras avanzaba, desapareció de la vista de todos. Aprovechando la confusión y el caos generado, Klavier cesó de tocar, esperó a que el muro de agua estallara, la situación se restableciera e intervino con voz melosa:

—Freya, querida, colóquese delante del camino y dígame qué ve.

La muchacha, muy desconcertada, quiso preguntar el motivo de esa petición. Al ver la insistencia de su amigo, obedeció. El numeroso grupo, siempre iracundo, se mostró disconforme, pero el pianista, con el simple gesto de llevarse un dedo a la boca, lo mandó callar.

—No veo más que la entrada del camino —informó desalentada.

Klavier se levantó de su asiento con delicadeza y se acercó hasta Freya mostrando una estatura muy superior a la que se estimaba estando sentado; parecía un gigante muy enjuto. El cuerpo estaba formado acorde con sus huesudos dedos de pianista. Le atusó la ropa, le corrigió la postura, le apartó una mota de polvo del hombro derecho y se colocó a su espalda. Repitió el gesto anterior y le habló cerca de su oído:

—No vea lo que hay delante, intente ver lo que hay dentro.

Aún sin comprender nada, la muchacha se frotó los párpados con

los nudillos. Al hacerlo, saltaron chispas rojizas por la fricción generando un ruido eléctrico. A continuación, abrió los ojos todo lo que pudo y los movió en todas direcciones para volver a acostumbrarse a la luz. Inclinó la cabeza hacia delante con tanta concentración que arrugó la cara como una anciana.

—¿Y bien?

—¿Quién es ese chico sentado al pie de una fuente?

—¡Ajá! —exclamó—. Ese es mi buen amigo Ziel, vive al final del camino. Al igual que usted, tiene el don de ver más allá. Digamos que emplea su don de forma muy diferente a la suya. Es algo cascarrabias y obtuso, no le gusta que lo desafíen, téngalo en cuenta.

Los curiosos del camino contemplaban en silencio la conversación como si una estatua hubiese cobrado vida y una lunática estuviese hablando con ella.

—Detrás de la fuente veo un edificio —añadió Freya.

—Esa es la estación de tren de mis queridos Liebe y Hass —aclaró Klavier—. Son seres muy particulares, conocerles es toda una experiencia. Tenga paciencia con ellos.

Al escuchar una información que hacía aumentar el tamaño del interrogante, Freya cambió de parecer. Siempre pensó en aquel camino como algo anodino y, en el fondo, tenía miedo de lo que pudiera encontrar allí. Klavier era alguien que inspiraba una confianza absoluta, dudar de sus intenciones no entraba en los planes de nadie que lo conociera. Gracias a sus modales incorregibles y a la sabiduría que irradiaba, lo que inspiraba desconfianza ahora parecía interesante tras descifrar parte del enigma que escondía.

—¿Es determinación lo que fluye por su cuerpo? —preguntó satisfecho al ver a la joven callada sin apartar la vista de los sauces.

Freya inclinó la cabeza hacia arriba hasta que se topó con el rostro risueño del pianista, pues seguía a su espalda con las manos posadas en sus hombros, como si se tratase de un maestro hablando con su discípulo.

—Me temo que sí —dijo resignada, viendo la cara de Klavier del revés—. Además, ya es hora de enfrentarme a él, ¿no cree?

—No molesto más, querida —concluyó volviendo a sentarse ante el piano—. Ahora está en sus manos.

El público, entendiendo que la conversación de la cual no habían sacado ninguna información había concluído, volvió a estirar el cuello y elevar las punteras de los pies intentando hallar algo entre los árboles. Repetían este baldío proceso una y otra vez aun sabiendo los nulos resultados que obtenían. Al darse por vencidos, la atención la dirigieron a Freya que, con el interrogante en la cabeza, volvió a sentarse en su parte favorita del bordillo. Necesitaba descansar y mentalizarse para realizar el camino de vuelta a casa o esperar a que

todos se marchasen para disfrutar de esa soledad que tanto ansiaba y perturbaba al mismo tiempo. Sobrevoló con la mente el recorrido que debía seguir y, por mucho que lo hubiera hecho y deshecho, le era imposible acostumbrarse a la *no-vida* que ofrecía cada edificio, cada persona con la que se cruzaba, cada indicativo de indiferencia y, desde luego, cada oración desdeñosa que recibía en su propia casa.

Al volver de su mundo onírico, cayó en la cuenta de estar siendo contemplada con descaro. La muchacha, al sentir los clavos de cada córnea enfadada, levantó la vista y saludó irónica con la mano, con expresión de hastío e incomprensión.

—No te creas tan importante, niña —intervino un joven picajoso—. No te estamos mirando.

—¿A quién miran entonces?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Por qué te sientas siempre ahí? —preguntó un hombre alto y desgarbado—. ¿Y qué demonios llevas en la cabeza?

—Pensaba que no me estaban mirando.

—Te estás mojando —añadió una mujer espigada con una preocupación falsa que escondía un reproche.

—Me gusta sentir la lluvia —explicó molesta—. ¿Eso también les parece mal?

Freya volvía a su rutina. No comprendía de dónde salía tanta fijación por ella. Con hastío chasqueó los dedos como en el día anterior y la lluvia dispersa que caía fue frenando poco a poco hasta quedar suspendida en el aire. Cuando todos quedaron boquiabiertos por aquel extraño fenómeno y, por ende, se sintieron desafiados, no dudaron un instante en regresar su inquina a la joven. Al ver la reacción, Freya volvió a chasquear los dedos y la lluvia cambió de rumbo y comenzó a elevarse.

—¿Mejor así?

—Niña estúpida...

—Creo que ya he oído bastante —se quejó mientras se levantaba de la acera y ponía rumbo a casa—. Hasta mañana, Klavier.

—Hasta… ¿mañana? —Carraspeó—. Hasta mañana, amiga. Lleve cuidado.

La lluvia, al sentir a la muchacha lo suficientemente lejos, cayó como una cortina pesada repiqueteando con garbo sobre las prendas impermeables y los paraguas de todo el gentío malhumorado, lo que provocó un aumento considerable de insultos e improperios hacia una Freya que se marchaba ignorando lo que había conseguido y el poder que tenía, limitándose a luchar contra su mente una vez más de camino a casa.

3

El nuevo día se presentó tormentoso, casi agresivo. Las nubes se dividían en dos grupos como soldados en una batalla medieval intentando ganar terreno. Corrían iracundas y chocaban unas con otras, dando como resultado ruidosas descargas eléctricas. El agua descendía en picado rompiendo la barrera del sonido, creando ondas de choque en el aire y frenando metros antes de llegar al suelo para caer con suavidad. Bajo ese agua agitada volvieron a aparecer los paraguas a toda prisa en llegar a la entrada del camino al tiempo que lanzaban quejas por doquier. La ciudad se veía más apagada que nunca. Ni siquiera las escasas farolas de las aceras eran capaces de arrojar una luz suficiente para poder pensar que ya había amanecido.

En esta ocasión, Klavier ya estaba preparado para cuando llegó la muchedumbre. A sabiendas de lo fastidiosa que le resultaba aquella gente, mantenía la sonrisa bajo su bigote poblado. Le suponía un gran gasto de energía; aun así, conseguía mostrarla y que pareciera sincera.

—Buenos días, amigos y amigas —saludó con su cortesía natural—. Espero no pillen un catarro por este mal tiempo.

Nadie respondió. Algunos, pocos, desviaron la mirada hacia el emisor de esas palabras que quedaron sin respuesta. El resto simuló no haberlas escuchado. De nuevo volvieron los murmullos cargados de dudas y ligeras manipulaciones para convencer al de al lado. Quizá debido al temporal, quizá por su carácter, quizá por ambas los ánimos estaban más caldeados que de costumbre. Los murmullos pronto se tornaron en acusaciones infundadas con un tono de voz elevado. Klavier no tuvo más remedio que aparcar la sonrisa impostada y llevarse las manos a la frente intentando sobrellevar la bochornosa escena.

—¿Qué ocurre? —intervino un joven alto y fornido—. ¿Acaso tienen miedo de entrar?

—Entra tú si eres tan valiente —respondió una señora menuda, sepultada por un chubasquero amarillo.

—Prefiero ver cómo entra usted y rompe a llorar.

—Los hombres deberían mostrar más arrojo —apuntó una chica algo indulgente.

—Y las mujeres quedarse en casa —sentenció un hombre con gesto recio.

Como si el destino quisiese burlarse de ella y no tuviera más que

suficiente, en el peor momento Freya hizo acto de presencia con una mano danzarina y la otra estática. Traía consigo un cordel. Uno de los extremos se hallaba anudado a la muñeca de su mano quieta, el otro llegaba a otro nudo en la base del interrogante que desde el día anterior acompañaba a la joven. Su expresión facial era ambigua, parecía febril debido a su nuevo juguete de helio y preguntas sin responder.

—Buenos días, Klavier.

El pianista al ver a la muchacha se levantó de su asiento y, apoyado sobre el piano, estudió a la muchacha con detenimiento.

—Buenos días, querida —saludó jocoso—. Así que es usted quien ha traído este temporal. ¿Tan inquieta se encuentra?

Freya dio varios tirones a su cordel para hacer que el interrogante se moviera de forma errática a modo de respuesta.

—Me temo que sí.

—Su soledad se acrecienta y necesita arrojar luz a unos cuantos asuntos, ¿no es así?

Freya asintió. Se mantuvo en silencio y prosiguió:

—Me encuentro perdida.

—No se preocupe, es algo normal —señaló—. Deme un segundo.

Aquellas palabras llevaban un hechizo extraordinario: «Es algo normal». La joven estaba convencida de que era la primera vez que escuchaba dicha afirmación. Tenía asumido su rol de bicho raro. Acababa de escuchar que una actitud suya era corriente, que sentirse abatida no era extraño, que su forma de actuar no era reprochable. Para ella era demasiado inusual, difícil de creer, y esa fue la primera respuesta que recibió. El pianista, en tanto Freya intentaba encajar esas palabras, se incorporó con un semblante desconocido hasta ese momento. Miró a Freya y con un simple gesto le pidió que esperara. Se dirigió al malhumorado grupo, se aclaró la voz y lanzó una petición:

—Disculpen...

Para la masa la demanda pasó desapercibida por completo. Aun así, lo intentó por segunda vez.

—¡Disculpen! —vociferó con ímpetu.

El total de los asistentes cortó la discusión en seco. Algunos se asustaron y adoptaron un semblante de incomodidad.

—¿Se puede saber qué hace? —reprochó un hombre con visible sobrepeso.

—Lo que ustedes deberían hacer y no hacen —respondió el músico mordaz—. Ahora guarden silencio y verán cómo todo marcha mucho mejor.

Klavier se acercó a la muchacha, la tomó de la mano sonriendo, lleno de empatía, y recorrieron los escasos metros que los separaban

del tumulto.

—Oiga, señor pianista —manifestó una mujer de actitud soberbia —, ¿por qué trae a esta niña si nunca ha querido entrar?

Klavier llenó el pecho de oxígeno con excelente lentitud para no ser presa de la impaciencia y perder los papeles.

—¿Cree usted que no tiene derecho a estar ahí?

—Si nunca ha querido, el derecho lo ha perdido.

—Ustedes mismos le han reprochado días atrás el no querer adentrarse en el camino. Ahora la protesta se basa en lo contrario. Debería repasar esos tejemanejes emocionales.

—Niña estúpida…

El pianista guiñó un ojo a su amiga y regresó ante el piano blanco, sacudiéndose el agua que había recibido en la frente y el pelo. Volvió el ritual de balbuceos, las agujas parecían ir hacia atrás cuando el piano se mantenía mudo, la entrada al camino continuaba ataviada con su particular calma, la tromba de agua no cesaba y el cielo rugía como el rey de la selva; una selva de hormigón y monotonía.

—Bueno, creo que ya es hora —masculló Freya avanzando.

—¡Un segundo, querida! —exclamó el pianista—. Deje que sea otra persona la que entre primero.

El desconcierto impregnó el momento y se convirtió en una nueva trifulca.

—Pero ya sabemos que solo puede entrar una persona por día —replicó Freya.

Colocando los brazos en jarra, Klavier simulaba estar buscando algo con actitud sarcástica.

—¿Dónde ha visto usted que ponga eso? —dijo con escarnio—. No lo encuentro. ¿No me estará tomando el pelo?

—¡Usted qué sabrá! —reprochó un anciano enclenque—. Dedíquese a tocar el piano y cierre la boca. Solo una persona por día.

Hubo alabanzas unánimes respaldando el ataque del anciano. Todos, excepto Freya, viraron el rumbo de su odio hacia Klavier que suspiraba volteando los ojos. Le resultaba soporífera la actitud de esas personas que solo sabían lanzar negativas si alguien torcía sus ideas.

—La niña no va a entrar, voy a entrar yo —retomó su malestar el anciano—. Ya basta de palabrería.

Como resultado de necesitar sentirse superior a la muchacha, el anciano no se lo pensó dos veces y se aventuró a adentrarse en el camino con decisión, sin mirar atrás, sin vacilar. Klavier sonrió satisfecho a su preciado piano y lo acarició con extrema delicadeza. Sus largos dedos dieron vida a unas notas que componían una pieza, por sorpresa, melancólica, con tonos ocre. El portal mágico reaccionó en el momento que la música cobró vida y chisporroteó vigoroso presumiendo de su color azul, de sus formas extravagantes. El anciano

no se detuvo a mirarse en el espejo mostrando arrepentimiento; enseguida se perdió entre los sauces haciendo aparecer el muro de agua y el destello de luz que indicaba que la decisión ya era irreversible.

Apenas fueron segundos de zozobra para los testigos de aquella situación. Era extraño ver a alguien en esa actitud, perdiéndose entre los sauces llorones y el brillo esmeralda sin un ápice de estrés. El muro de agua estalló, dividiéndose en millones de gotas con su especial sonido que ponía una nota jovial a la seriedad del momento.

—Freya, ahora. Es su turno —intervino el artista—. ¡Entre!

—Pero...

—Confíe en mí —insistió—. Cruce el portal.

El interrogante se hinchaba con celeridad. Freya lo miraba y se sentía irrelevante, como un emisario desarmado intentando asaltar un gran castillo. Se hallaba llena de dudas, sin saber muy bien cómo hacer para que sus piernas reaccionaran a la petición de su amigo.

—Freya, amiga mía —recalcó el músico—, es el momento.

Una de las nubes más agresivas, al ver tal indecisión, descendió a toda prisa, malintencionada y repleta de agua helada, hasta situarse justo encima de la joven abrumada, descargó toda la lluvia que albergaba con maldad empapando el globo de preguntas y haciéndola tiritar de frío.

Los asistentes cambiaron sus malas pulgas por burlas. De repente, miles de índices acusatorios señalaban a Freya por ser la diana de las tantas adversidades que, algunas de ellas, fueron creadas por ellos mismos. Su alma menguó de tal forma que hubiera podido usar un grano de arroz como barca para atravesar los charcos que dejó la nube. El semblante duro que intentó mostrar en anteriores días acabó por sucumbir.

—¡Entre, Freya! —gritó Klavier perdiendo las formas por primera vez—. ¡Hágame caso!

Gracias a la aspereza en la voz del pianista, la joven quiso reaccionar, pero las risas envolvían el lugar y las sentía como losas sobre la espalda. Se colocó de cuclillas y se tapó los oídos con las manos procurando concentrarse en la petición de Klavier y escapar de aquel litigio. En el fondo, era sabedora de que la insistencia de su peculiar amigo no era vacua, sentía un hormigueo, minúsculos arañazos, algo de lo que intentaba huir, una molestia que había dado señales en mitad del pecho más que evidentes. Por ello el interrogante se retorció.

El rumor de la tormenta, las palabras de Klavier, las risas pérfidas. Entre ese pastiche puntiagudo asomaba un murmullo intermitente, muy tímido, apenas perceptible. Se necesitó algo de tiempo para ver la escena con claridad. El pianista observaba a Freya con un nudo en la

garganta, se aflojaba la pajarita por sentir que le ahogaba. Algunos de los presentes, al ver a Klavier visiblemente desesperado, fue contagiando al resto poco a poco hasta que las voces se fueron apagando debido a algunos codazos y llamadas de atención. Freya, estando de cuclillas, se había dejado caer, empapando su trasero en un charco, con la cabeza escondida entre sus piernas y los brazos haciendo de barrera para que no se le pudiera ver el rostro. Lloraba. Lloraba como la llama de una vela en la oscuridad, con gran presencia, pero sin hacer mucho ruido. En silencio solo se escuchaba el llanto cohibido de la joven que acompañaba con temblores y suspiros entrecortados. En una triste contradicción, aunque eso supusiera acabar sentada en plena calzada y calada de agua, el mundo había dejado de importar para Freya, solo existía su necesidad de mostrarse vulnerable, de olvidarse de ser fuerte, mientras que era el propio mundo el que la devoraba. Algunos sintieron ese leve lamento como algo ensordecedor, pero sin atreverse a mostrar compasión por si algunas personas de su alrededor no estuvieran de acuerdo y pudieran recriminar cualquier comentario compasivo; otros solo sentían indiferencia; muchos, con algo de demora, recuperaron algunas burlas, comentando lo débil y desvergonzada que podía llegar a ser esa cría que se tomaba las molestias de ponerse a llorar en medio de la calle. Freya, aun estando concentrada en sus propios demonios, no pasó por alto que nadie manifestara arrepentimiento y volvieran los comentarios. Finalmente levantó la cabeza y buscó a Klavier. Este, estando ya demasiado afectado, se derrumbó al ver unos húmedos ojos grises suplicando clemencia con la ternura de un animal herido, sin comprender absolutamente nada.

—Querida... —acertó a pronunciar el pianista, evidenciando su dolor—. Levántese, por favor. Adéntrese en el camino.

Apretando los labios para sostener la angustia, con expresión de niña pequeña pidiendo auxilio, Freya se hizo una bola, se abrazó las rodillas y posó la cabeza en ellas como queriendo quedarse dormida, ya que dormida no sufría.

—¿Estás triste, niña? —dijo hiriente un hombre esbelto tras unas gafas oscuras. Los demás rieron, unos de forma sincera, otros por presión.

Fue el estoque. Freya se levantó, salió corriendo dejando salir su llanto sin vergüenza. Queriendo escapar de cualquier modo se dirigió hacia el camino. El portal se agitó al recibir a su nueva y esperada visita y abrazó a Freya con su caótica luz inverosímil. Esta quedó encerrada en la vorágine que parecía más sólida que nunca. Tras el cortejo del portal con la realidad y la fantasía, apareció el gran destello y el muro de agua vertical. Freya había traspasado a la otra dimensión en un santiamén.

Todos comprobaron que el pianista tenía razón. Dos personas habían entrado en el mismo día. La más sorprendida era la propia muchacha que, cuando se sintió en otra parte, muy lejana, se olvidó por un instante de su dolor, se giró con los ojos aún goteando y pudo ver su reflejo. El interrogante se zarandeó. De inmediato, Freya también cayó en la cuenta de que había creído lo que la gente decía sin intención de cuestionarlo. Seguidamente, pensó en cuántas cosas había dado por hechas y no eran ciertas, sintiendo algo similar al vértigo. Luego de discernir sobre el asunto, salió de su ensimismamiento y volvió a tener conciencia de dónde se encontraba. Se acercó al reflejo para intentar comprenderlo.

—¿Klavier? —llamó Freya preocupada—. ¿Klavier, puede oírme?

El pianista escuchaba a la perfección. Abandonó ansioso su asiento y acercó su boca todo lo que pudo para intentar que Freya escuchara sus palabras de ánimo, pero el sonido no traspasaba a la otra dimensión. Nada se podía hacer. El viaje había comenzado.

4

Los fuegos fatuos recibieron a Freya. Se sorprendieron al ver a un nuevo invitado en su mundo que no parecía desesperado por abandonarlo o recorrerlo con una actitud dañina. Notaron sus ojos hinchados por el llanto y quisieron mimarla. Bailaron a su alrededor haciendo que su corazón se acelerase y se viera tentada a continuar. Los entes se sentían más cómodos con Freya que con cualquier otro, así lo desvelaban sus vuelos y las inocentes risas que liberaban. Tras un tiempo caminando, se animaron a silbar una melodía embriagadora, casi imposible de ignorar, al tiempo que marchaban hacia las profundidades. Seis notas, sibilinas y pulcras, despertaban emociones de todo tipo de colores y formas. Freya, tras escuchar varios patrones, retuvo esa melodía tan distintiva en su mente y la repetía a coro junto a los entes verdosos de forma inconsciente. Ya no lloraba, su mente estaba demasiado concentrada en el entorno y en los miles de nuevos estímulos que la envolvían.

Cuanto más se adentraba en aquel pasadizo lleno de naturaleza incierta, la ansiedad se abría paso por el esternón y la columna. La melodía de los fuegos fatuos mantenía a raya una ansiedad que necesitaba hacerse grande; en cambio, la balanza de la calma y el nerviosismo comenzó a decantarse por el lado nocivo.

El camino no variaba. Freya creía avanzar por una rueda y se mantenía estática. Por muchas ramas de sauce apartadas, siempre había más y más.

—¿Falta mucho? —preguntó cansada—. Creo que llevo caminando un siglo.

—Lo que estimes oportuno —respondió uno de los fuegos fatuos con una musicalidad fascinante, usando algo similar a un jadeo agudo, con dos voces sincronizadas y del todo misteriosas—. Toma la decisión cuando desees.

La joven pelirroja reanudó la marcha con esa respuesta recorriendo en círculos su psique.

—¿Cómo es posible que un camino tenga la longitud que uno estime? —pensó Freya en voz alta.

No tenía ningún sentido para ella. Tampoco lograba entender cuál era el papel de aquellos espíritus llenos de luz. Imaginaba que el resto de las personas que se habían adentrado en el camino habían llegado al final. Si no, se habría encontrado con alguien tarde o temprano.

—Si te aburres, sigue silbando —aconsejó otro ente—. La música siempre es buena compañera.

—Música... —masculló para sí misma.

Recordó la pregunta que le había formulado Klavier: observar con los ojos u observar con el alma. En definitiva, ir siempre más allá de lo que hay a simple vista. Retomó la posición que había adoptado la vez que desde fuera había visto al joven al pie de la fuente y la estación de tren. Se esforzó al máximo para atravesar aquella algarabía de ramas lánguidas que impedían ver el final. Volvió a frotarse los ojos, meditó sobre Klavier, la confianza que irradiaba su cuerpo interminable y el dulzor en cada palabra que pronunciaba con tanto mimo. De la misma manera en la que el muro de agua vertical estallaba y se pulverizaba en el aire, otro concepto bien distinto se le apareció al apartar la enésima rama en su interminable viaje.

—¡Veo el final! —exclamó eufórica—. ¡Por fin!

Algunos espíritus del camino bailaron en derredor de la muchacha en señal de festejo. Silbaban, hacían piruetas imposibles en el aire y arrancaron a Freya la primera sonrisa en mucho tiempo.

—A veces es complicado llegar al final si uno le da vueltas y vueltas al mismo asunto —aleccionó un fuego, pronunciando cada palabra pausadamente.

—Sí, eso me temo.

—Es más fácil cuando uno no se cuestiona nada. —El interrogante se agitó—. Al menos, para la inmensa mayoría que entra aquí.

De nuevo la sensación intangible hizo a Freya dar un respingo. La deducción de uno de sus curiosos acompañantes la hizo estremecerse. La idea de no hacerse preguntas le provocó un escalofrío muy incómodo, le generaba náuseas y un profundo sentimiento de rechazo. Quedó enmudecida, pensando sobre ello, barruntando.

—Desde luego —sentenció insegura.

Mientras la joven intentaba aceptar con humildad cada aprendizaje, no quiso perder la oportunidad de sonsacarles más información a esas bellísimas criaturas. Cada vez se sentía más en confianza con ellas.

—¿Ayudáis a todo aquel que entra aquí? —preguntó dócil.

—Digamos que nos llena de felicidad cuando alguien entra con ganas de aprender —informó un ente que, sin tener un rostro definido, parecía alegre—. La mayoría entra por otros motivos mucho menos... honorables.

El ente pareció esbozar una mueca deseosa de ser burla y acabó por convertirse en tristeza.

—La verdad, aún no sé muy bien qué hago en este lugar.

—Has entrado para hallar respuestas.

La afirmación tajante del fuego fatuo fue tan certera que Freya no hizo ademán de rebatirla o ponerla en tela de juicio.

—¿El resto a qué viene? —preguntó intrigada.

—A imponer sus preguntas o, en la mayoría de casos, a imponer sus certezas.

Unos cuantos kilómetros más y la tediosa aventura del viaje de ida tocó su fin. Freya apartó la última rama y sufrió un impacto tremendo. Ante sus ojos, como si ella misma hubiera chasqueado los dedos, apareció una plaza circular de adoquines en mosaico, perfectos y dorados. En el centro exacto se asentaba una fuente elegante, también circular, blanca e impoluta, hecha de mármol. Como ya había descubierto ante la fuente, con rostro altivo y sentado en un taburete de madera, se hallaba un joven de belleza andrógina y complexión robusta entre lienzos y cubos de pintura. Recordó su nombre: Ziel. Se mantenía ocupado creando algo para el anciano que entró antes que ella al camino. La primera impresión, sin saber muy bien el motivo, fue muy desagradable; sentía miedo de ese hombre. Sin poder asimilar aún el lugar, al otro lado de la plaza vislumbró la ufana estación de tren, regentada por dos hombres, de los cuales no recordaba el nombre.

El caos y frondosidad de los sauces cedió su lugar al vacío. Una Freya advenediza sintió una sucesión de emociones difíciles; unas bastante familiares, otras irreconocibles, pero desde luego todas ellas realmente complicadas de digerir. Desconocía el motivo de su visita a aquel paraje insólito, tan solo había sido empujada por la fe ciega y la necesidad de escapar de una situación que ya la superaba, no sabía cómo tenía que proceder y qué tenía que decir. Por mucha confianza que hubiera depositado en su amigo, seguía atemorizada. Y, por supuesto, dominada por una gigantesca incertidumbre.

Alrededor de la plaza no había objeto tangible alguno, tan solo algo similar a una ilusión óptica en movimiento llena de puntos brillantes que, en primera instancia, reconoció como estrellas en el firmamento. Existía una caída infinita hacia la nada más absoluta. Al ver tal ingente sensación de libertad, Freya se vio prisionera, atrapada en una violenta contradicción.

Avanzó lento. Examinaba aquella suerte de galaxia en todas direcciones intentando comprender la fantasía que presenciaba. Cuando levantó la vista, se encontró de bruces con una aurora boreal, verde, espléndida, majestuosa, casi tétrica, engendrada para hacer de cúpula, pareciendo querer engullir la pequeña plaza por completo.

Al dirigir su atención de nuevo a la fuente, se acercó intentando pasar desapercibida. El anciano tenía los cinco sentidos puestos en el pintor, que este sí se percató de la presencia de la muchacha. Arqueó las cejas y simulando no haber visto nada continuó con su labor.

—Aquí tiene —le dijo Ziel al anciano sin atisbo de emoción con voz resentida, volteando el lienzo—. Que tenga buen día.

—¿Qué significa? —preguntó refiriéndose a la pintura que ahora tenía en las manos.

—Ese no es mi problema —aclaró tajante sin levantar la mirada del nuevo lienzo que andaba preparando—. Puede interpretarlo como le venga en gana. Haga el favor de marcharse.

Con sus manos débiles, el anciano sostenía un cuadro en el que se representaba una bella estampa primaveral con un grupo numeroso de personas jóvenes deleitándose con diferentes juegos y actividades. El anciano se hallaba apartado, observando con resignación, lleno de nostalgia. El anciano, grosero antes de entrar al camino, sintió cómo su alma se llenaba de piedras y dejó caer los párpados al sentir un intenso dolor; ya no quedaba crueldad en él. Estudió el cuadro con detenimiento sin llegar a una conclusión. Retiró el lienzo de su vista e hizo ademán de volver a preguntar por el significado de la obra. Ziel se adelantó.

—No tengo nada que decirle. —Hizo un gesto despectivo con la mano exigiendo que lo dejara tranquilo—. Repito, haga el favor de marcharse.

—De acuerdo...

El anciano clavó la barbilla en el pecho, alicaído, dando por imposible una comunicación que le satisficiera. Sin dejar de examinar el cuadro se dirigió hacia la estación con paso mustio. Sus pasos eran de plomo, se interrumpían, reflexionaba y volvía a ponerse en marcha, necesitando un gran esfuerzo. A mitad de camino se detuvo con más ímpetu, sorprendido, se giró para clavar de nuevo la mirada en el artista.

—Ya no tengo edad para según qué cosas, ¿verdad? —Agachó la cabeza—. Ya soy un anciano y he de actuar como tal.

—Chico listo... —dijo Ziel con malicia—. Ahora, si me disculpa...

El anciano, con sentimientos ambivalentes, finalmente puso rumbo a la estación de tren sin apartar sus ajados ojos de la pintura, maldiciendo el paso del tiempo, sus arrugas y la debilidad de sus piernas.

Freya había presenciado con mucha atención la escena y se encontraba bloqueada, sin saber cómo reaccionar. Había creado una opinión nefasta sobre esa persona que se alejaba despacio; en cambio, tras la dureza del pintor, sintió una tremenda compasión por él. En cambio, el prejuicio formado hacia Ziel parecía querer cumplirse. Su interrogante amenazó con lanzar más cuestiones perniciosas. Aunque, pasado un minuto, la espontaneidad de Ziel lo obligó a actuar.

—Bonito globo —señaló irónico.

—Gracias —dijo con la boca pequeña—, supongo.

Se acercó tímida al pintor, aunque se mantenía a una distancia prudente. Estar ante ese ser le parecía estar enfrentándose a una

pesadilla. Se preguntaba el motivo una y otra vez, no lograba encontrar el porqué de tanto miedo.

—Veo que traes muchas preguntas —añadió levantando la vista al fin—. Hacía mucho tiempo que no venía alguien con tantas. —Volvió a bajar la mirada.

—Ese anciano ha hecho varias —expuso timorata y el cuerpo rígido.

—¿Varias qué?

—Preguntas.

Ziel, sutilmente, esbozó una mueca de enojo, pero finalmente le ofreció a Freya una pequeña explicación:

—Algunos las hacen al ver el cuadro terminado, nunca antes, aunque vengan con ellas preparadas —aclaró —. Otros, al llegar aquí ni siquiera se atreven a abrir la boca, cosa que agradezco. Y, por cierto, no tengo ninguna intención de responder a las tuyas.

Sí, la primera impresión fue acertada. Sin apenas tiempo para adaptarse a esa nueva realidad, Freya ya había recibido un certero golpe. Acostumbraba a no tener en cuenta sus propias sensaciones, pero en muchas circunstancias acababa por tener razón. Klavier sobre avisó del carácter del pintor, aun así, no imaginaba tanta hostilidad. También recordó que lo había llamado «mi buen amigo», no comprendía nada. Ya había tenido más que suficiente de la dimensión de donde venía, no necesitaba una nueva dosis de dificultad. Cuando se enfrentaba a los curiosos ante la entrada del camino y sus arremetidas sin motivo, se encontraba sentada en su bordillo, con su chocolatina y, sobre todo, tenía a su buen amigo cerca para acariciar su desconsuelo y notar un grueso abrigo. La coraza en la que se había embutido le daba esa falsa sensación de protección por mucho que la estuviera devorando por dentro. En aquella plaza estaba sola y se sentía fuera de lugar, asustada y abrumada por las palabras de aquel joven despiadado. Y, para colmo, la confianza en Klavier estaba mermando.

—Soy consciente de que es una pregunta —se excusó temerosa—. ¿Qué tengo que hacer ahora?

Ziel intentó simular sorpresa con relativo éxito. No tenía por costumbre mantener conversación alguna con nadie que lo visitara.

—Pedirme un cuadro y no molestar.

—¿Puedo preguntar por qué? —Se llevó las manos a la boca arrepentida, a sabiendas de que Ziel se iba a sentir molesto.

Meticuloso con el orden, aunque un orden que solo él comprendía, pues su material de trabajo a priori no guardaba un mínimo de armonía, Ziel, abandonó la tarea y asesinó con los ojos a Freya.

—No me hagas perder la paciencia.

—Lo siento —musitó la joven sin apartar las manos de la boca.

—Acércate para que pueda pintar tu cuadro.

—¿Solo tengo esa opción? —Habiendo apartado las manos un poco, volvió a taparse la boca con más vergüenza, abriendo mucho los ojos debido al temor de ser reprobada con más furia—. Lo siento, de veras.

—Es lo que deberías hacer —sugirió Ziel autoritario—. El que llega aquí se marcha con su cuadro hacia la estación. Así que obedece y cállate.

Esas palabras afiladas removieron las entrañas de Freya. Tocó la fibra sensible de la joven, el lugar donde se forjan los traumas y se agitó como un panal de abejas. Sin embargo, estaba demasiado acostumbrada a guardar silencio cuando no se sentía protegida, tal y como se le había enseñado desde que tenía uso de razón, y allí en ese espacio fantástico, lejos de cualquier parte, estaba completamente indefensa. La lucha por hacerse respetar y las costumbres arraigadas desde niña eran una constante en su día a día. A veces, cuando la rabia consumía su ser, daba un exagerado golpe encima de la mesa para más tarde sentirse culpable, también como le habían enseñado. En esta ocasión, el imperativo arrojado con desdén por el controvertido Ziel no fue suficiente. Consciente de que por su esternón comenzaban a trepar unas emociones que le traían malos recuerdos, inspiró y expiró profundamente. Con intención de relajarse, Freya también giraba los omóplatos en círculos y movía el cuello de lado a lado, haciendo bailar sus coletas naranjas, con un resultado bastante pobre. Quedó por un momento pensativa. Necesitaba algo para poder sosegarse, ya que se encontraba tan desamparada que la sola idea de enfrentar a Ziel se le hacía cuesta arriba. Decidió chasquear los dedos con la esperanza de degustar una de sus preciadas chocolatinas, pero nada ocurrió. Volvió a intentarlo con idéntico resultado hasta en seis ocasiones, tan solo logró generar en su mano una pequeña chispa, similar a la producida al golpear una roca de sílex. Ziel se mantuvo atento. Elevó la mirada para lanzar una escueta burla que para Freya fue inmensa y, por descontado, desgarradora. La joven viajó al pasado para recordarse diminuta.

—No lo intentes, niña. Aquí tu coraza no sirve de nada —informó Ziel con un aura malvada.

La palabra maldita resurgió en ese lugar extraño, también de boca de otro extraño. Aunque, de un modo especial, sentía que ese rostro, esa figura, esa forma de expresarse, no le era algo ajeno. No se atrevió a defenderse, solo consiguió arrugarse, rodearse con los brazos y, a duras penas, soportar un llanto que amenazaba con salir.

De nuevo el filo de una palabra que de nueva no tenía nada: «niña». Las cuatro letras que formaban el término que más odiaba se alojaron dentro de las costillas como en una jaula hecha de hueso, encerradas como un buitre en cautividad buscando carroña. La escueta palabra,

tantas veces usada para hacer daño, había matado parte de su corazón, lo suficiente para que Freya continuara con vida, pero saboreando una pequeña muerte ácida al escucharla. Ahora, perdida, sin rumbo, confusa y llena de preguntas, estaba a expensas de los elementos y el buitre tenía alimento de sobra. No obstante, la mezcla de emociones desde que el camino de sauces apareció en su vida, junto a esa maldita palabra, dio como resultado algo novedoso tras mucho esfuerzo.

—Freya.

—¿Qué?

—Me llamo Freya.

Ahora sí, demasiado irritada, miró al pintor desafiante con ojos penetrantes que parecían querer hacerle daño, abrir la caja torácica y comprobar si había algo de empatía dentro de su pecho. Las palabras habían salido temblorosas de entre sus labios, el corazón golpeaba con más fuerza que nunca, pero no cesó en su empeño de demostrar y demostrarse quién era. Quizás el artista estaba pagando los platos rotos o quizás era la persona indicada a la que enfrentarse, no tenía ni idea, pero su actitud, tan idéntica a la del resto y que tanto sufrimiento había causado, agotaron su paciencia. Freya comenzaba a sentir por Ziel algo muy cercano al odio. La intranquilidad que ofrecía aquel lugar ignoto, la tensión perpetua sobre el sistema nervioso y verse prisionera en esa galaxia vibrante provocó el golpe encima de la mesa, ese que traía consiguió un sentimiento de culpa mayúscula. El silencio se mantuvo lo suficiente como para que fuera incómodo. Sin apartar la mirada, Freya se ató el cordel del interrogante al tobillo para tener las manos libres. Caminó unos pasos a un lado para tener el rostro de Ziel visible por completo, se cruzó de brazos y se sentó en el suelo con las piernas en posición de loto, intentando que el temblor en sus manos pasara desapercibido. Aunque algo hubiera cambiado en ella, no ignoraba lo que estaba haciendo, pues aquel personaje al que se estaba enfrentando le seguía pareciendo aterrador.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Ziel con su actitud déspota algo erosionada—. He dicho que obedezcas.

—No pienso pedirte ningún cuadro —aseveró.

—¿Qué?

—¿Estás sordo? —añadió enrabietada—. No pienso pedirte ningún asqueroso cuadro. Quiero ver qué ocurre cuando alguien te lo pide.

Debido a los constantes desaires de los que era víctima, cuando era el turno de defenderse, acababa por hacerlo de forma tosca, explotando. Ziel simuló sobriedad, ocultando un inefable asombro, pero esta vez no logró parecer impertérrito. Lo que le estaba sucediendo era nuevo para él.

—De acuerdo —expuso sonriendo con sorna—. Tienes suerte, no

tendrás que esperar mucho. Aquí el tiempo no transcurre de forma normal. Ahí tienes a tu bonito experimento.

Una joven coqueta llegaba a la plaza rodeada de luz verde. Se detuvo a ver la cúpula radiante que envolvía aquel techo de ensueño y los alrededores ilimitados. A diferencia de Freya, a pesar de su notable nerviosismo, no se la veía tan fuera de lugar como cabría esperar para un espacio de esas características. Descendió la vista para centrarse en las figuras de Ziel, Freya y la fuente de mármol. Aquella estampa sí le inspiró una rareza inmensa, en especial la persona de cabello naranja sentada en el suelo, rompiendo la simetría de la plaza.

—Acércate —ordenó Ziel a la joven sin mirar, sin atisbo de emoción, como era costumbre—. No tengo todo el día.

La confianza de la chica mermaba; se arrugó como un muelle bajo presión. Freya se sobrecogió al verla rodearse a sí misma con los brazos, buscando seguridad. No lograba entender el motivo de tanta aspereza.

—Hola —saludó tímida al pintor colocándose a un lado de Freya, a quien ignoró.

—Quieres el cuadro, ¿verdad?

—Sí —afirmó vacilante—. Sí, lo quiero.

Siendo una estancia desconocida para ella, sabía lo que deseaba de forma instintiva, cosa que a Freya sorprendió sobremanera.

—Está bien. —Clavó sus pupilas punzantes en las de la joven con firmeza—. Mírame a los ojos.

—¿Cómo dices?

—Los ojos. —Se señaló con menosprecio—. Aquí, no es tan difícil.

—¿Es necesario hablar así? —intervino retórica Freya—. Muestra más respeto.

—¡Silencio!

El interrogante se zarandeó. Cuando Freya presenció esa falta de piedad y, gracias a ello, recordó al anciano al llegar a la plaza, cayó en la cuenta de que ella sufría lo mismo. La chica coqueta tras una gabardina color crema, dejando a la vista unas piernas esbeltas, parpadeó rápido varias veces, se rascó la nariz de forma inconsciente y jugaba con su largo pelo negro alterada. Su mente estaba repleta de prejuicios y tribulaciones por la peculiar exigencia del artista y lo adusto de esta. Recordó la melodía que escapaba del piano de Klavier cuando decidió adentrarse en el camino. Era hermosa, con brillos lúgubres, rojizos, y algunos pensamientos arañaron su vientre.

Ziel impregnó sus manos de poesía y comenzó el ritual de pincel y pintura sobre el lienzo virgen. De soslayo vigilaba a Freya, que estiraba su cuerpo todo lo posible para intentar captar sus movimientos e imaginar qué es lo que estaba cobrando vida en ese ancho espacio blanco sobre el caballete. La chica coqueta jugueteaba

con sus zapatos de tacón, suspiraba y entrelazaba los dedos de sus manos rígidas, intentando darle salida a su notable preocupación. La espera apenas duró un minuto, pero pareció ser todo un milenio. Ziel volteó el lienzo y, para sorpresa de las jóvenes, este continuaba en blanco. El pintor, con desvergonzado agravio, clavó su mirada en Freya y chasqueó los dedos. La desafiada joven pelirroja contempló cómo la blancura del lienzo se llenaba de color, apareciendo una mancha en el centro que lo invadía poco a poco, como una llama tímida queriendo devorar un papel. En pocos segundos, lo que parecía un truco de magia insólito se convirtió en una realidad dando paso a una obra prodigiosa con todo lujo de detalles.

—Tu cuadro —dijo Ziel ofreciendo la obra a la joven con apatía—. Ya sabes cuál es el siguiente paso.

La bonita muchacha se adelantó dudosa, tomó el cuadro en sus manos y comprendió de dónde provenían los arañazos que laceraban su interior. Tenía delante una sucesión de imágenes que parecían ir en orden cronológico. La primera era ella misma en el momento presente, observando el mismo cuadro. La segunda era también ella con alguien de la mano, visiblemente enamorada, contemplando una puesta de Sol. La tercera repetía la escena anterior con ambos ataviados con sus mejores galas para celebrar una gran boda. En la cuarta y última, la pareja parecía deshacerse en arrumacos para la nueva vida que habían traído al mundo.

—Entiendo —expresó frustrada la joven encogiendo su nariz celestial—. Gracias, supongo. ¿Cuál es tu nombre?

—Eso no importa.

—Está bien —dijo resignada—. Gracias de nuevo.

Sujetando el cuadro con firmeza enfiló el camino hacia la estación. Freya quiso dar una reprimenda a Ziel, pero la muchacha se marchaba y no quería perder la oportunidad de advertirla de su error. Indecisa, optó por intentar detener a la persona que no parecía contenta con su nuevo destino. Se incorporó de un salto, corrió hasta ella y se colocó a su vera.

—Disculpa —reclamó preocupada.

—¿Sí?

—He visto la expresión de tu rostro cuando has hablado del cuadro que tienes en las manos. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

El tono de su voz indicaba que no deseaba responder. Aun así, Freya creía estar haciendo lo correcto.

—¿A dónde te diriges con exactitud?

—A hacer lo que mis padres esperan de mí. A hacer lo que tengo que hacer. —Señaló la pintura con la sucesión de imágenes—. Si me disculpas, tengo prisa.

—Y, ¿realmente quieres hacerlo?

—No importa lo que yo quiera, es ley de vida.

—¿Tu obligación es llevar una vida que no quieres? —reprendió Freya con todo el tacto del que disponía.

—Adiós, niña.

—Adiós —se despidió pesarosa—. Siento mucho haberte molestado.

Cabizbaja, sintió cómo su interlocutora ignoraba su estado de ánimo y desaparecía tras las puertas opacas de la estación de tren. Por suerte, la palabra «niña» no fue tan despectiva y la pasó por alto.

Freya volvió y se sentó en el borde de la fuente. Parecía ser su nuevo bordillo, pues había ganado algo de confianza. Se quedó pensativa y cayó en la cuenta del interrogante sobre su cabeza. Se había olvidado de él por un buen rato y vio que había alcanzado un tamaño mayor. Al ver a la chica aceptar algo por imposición le hizo preguntarse a cuántas personas les ocurría lo mismo.

—Tu visita no está siendo muy fructífera —hostigó Ziel—. Pídeme el cuadro y deja de hacer el tonto. Me estás haciendo perder el tiempo.

—Déjame tranquila —gruñó.

—Muy bien. Probemos suerte de nuevo.

5

Esas palabras anunciaban una nueva presencia que se abría camino de entre los sauces. El fenómeno verde volvía a danzar por los pequeños pies del nuevo invitado. Parecían más inquietos y su vuelo era melancólico; su brillo, más tenue. Lo que no se esperaba Ziel ni Freya era el tipo de visita que ya pisaba el mosaico dorado de la plaza. Llegó, aterrorizada y sollozando, una simple niña inocente. Su escasa estatura en comparación con la inmensidad sideral que amenazaba con sepultarla la hacía parecer más pequeña, mucho más vulnerable. La imagen sobrecogió al artista, que no hizo ningún esfuerzo en ocultarlo.

Ante la escena inaudita, Freya, que no podía creer lo que veía, no dudó un instante y adoptó el papel de fuego fatuo. Sin pensar, lo único que necesitaba era guiar a la niña para que pudiera tomar un tren cuanto antes y salir de allí, sin saber muy bien si ese gesto sería de gran ayuda o algo perjudicial para ella. Mientras se acercaba con cautela, su mente se inundó de preguntas. El globo con forma de interrogante se removió como si a él también le ofendiera la presencia de una niña que seguía dando rienda suelta a su llanto en la inmensidad de ese cosmos cruel sin el amparo de un adulto. Freya, sintiendo algo semejante a las náuseas, se apresuró en acercarse de inmediato, clavó una rodilla en el suelo y puso todo su empeño en conocer la historia de la pequeña e intentar que se sintiera a salvo.

—¿Cómo te llamas, mi amor?

La niña tenía serias dificultades para tranquilizarse. Todo aquello que albergaba la plaza la hacía sentir abandonada.

—Me llamo… Me llamo…

—No te preocupes. —Acarició la media melena almendrada de la pequeña —. Yo me llamo Freya y me voy a encargar de que no te ocurra nada, ¿vale?

—Vale —dijo secándose las lágrimas.

—¿Confías en mí? —preguntó con una sonrisa inmensa a modo de juego. La pequeña asintió inocente—. ¿Ahora me dirás tu nombre?

—Me… Me llamo Süss.

Freya tomó a Süss de la mano y la acompañó hasta encarar a un Ziel pétreo. La sorpresa le había durado un santiamén y había vuelto a su rol de siempre. Por mucho que tuviera a una niña pequeña con unos ojos ámbar pidiendo auxilio, no le afectaba lo más mínimo.

—Süss, mi amor, tienes que pedirle un cuadro a este chico tan simpático de aquí. —Hizo ademán para evidenciar la ironía del elogio—. Él te dirá qué tienes que hacer.

—Vale —respondió frotándose los ojos—. ¿Qué tengo que hacer, señor?

En esta ocasión, Freya no se apartó a un lado. Decidió quedarse junto a Süss para acompañarla en todo el proceso y defenderla si hiciera falta. El miedo había quedado en un segundo plano. Se habían juntado los elementos necesarios para que la joven pelirroja mostrara una voluntad de hierro.

—Bien...

—Süss —aclaró rotunda Freya—. Se llama Süss.

—Bien, Süss, solo tienes que hacer una cosa —explicó Ziel con desgana—. Mirarme a los ojos y mantener la mirada unos segundos.

—¿Lo has entendido, mi amor?

—Sí —dijo Süss elevando la vista para encontrarse con la sonrisa de su nueva amiga.

—Pues adelante.

La dulce niña hizo caso y sostuvo una mirada miedosa en los ojos neutros de Ziel. Y, como ya había visto Freya instantes antes, los brazos del pintor dieron por iniciada la retahíla de movimientos hipnóticos. Mientras el artista terminaba su obra, la ansiedad de Freya crecía, no por querer huir de la situación, sino por necesitar hacerle frente y zanjarla sin perder un segundo.

Transcurrió el tiempo de rigor, Ziel con indiferencia le ofreció el cuadro a Freya para que esta se lo diera a la pequeña.

—Ahora tienes que ir a ese edificio de allí —informó Freya, ofreciéndole el cuadro a Süss y señalando la estación de tren al otro extremo de la plaza—. Yo te acompañaré.

—Sin cuadro no hay entrada a la estación —explicó Ziel.

—Vale —gruñó.

Pusieron rumbo hacia el edificio y Süss no le quitaba ojo al lienzo que comenzaba a revelar la obra que le habían otorgado. A los pocos segundos, la mancha se convirtió en la pequeña, ya más adulta, en otra sucesión de imágenes donde se la veía con cabeza gacha, viendo discutir a dos personas para más tarde ver cómo cada uno tomaba un camino distinto sin ella. La última imagen era un recuadro completamente negro.

—Mira, Freya. —Le mostró el cuadro.

—Dios mío.

—Sin cuadro no se puede entrar —insistió Ziel de nuevo en la lejanía. Freya no cesaba de vigilar a la pequeña hasta que se hallaron ante la puerta de la estación de tren.

—Dime, mi amor —dijo clavando otra vez una rodilla en el suelo

para hablar cara a cara con Süss, como cuando se conocieron—. ¿te gusta tu cuadro?

—Sí, tiene muchos colores.

—Sí, es muy bonito, pero ¿quiénes son estas personas?

—Son mis papás.

Las sospechas de Freya se confirmaron.

—¿Cuidan bien de ti? —preguntó inquieta por creer conocer la respuesta.

No hubo respuesta, tan solo un pequeño baile nervioso y una mirada gacha. Freya acarició la mejilla de la pequeña e insistió en su pregunta con más delicadeza, casi susurrando.

—No, no me gusta —aclaró sincera—. Nunca tienen tiempo para mí.

—Entiendo —dijo buscando una solución improvisada—. Mi amor, dame un minuto, que el señor pintor y yo tenemos que hablar, ¿te parece bien?

—Sí.

Freya besó la frente de Süss y se incorporó sufriendo una tormenta de emociones descontrolada. Se acercó a la fuente y, antes de que pudiera llegar, el artista que parecía ver sus movimientos se aventuró a hablar:

—Vaya, vaya, así que ahora quieres ser una heroína. —Rio con frialdad—. Eres toda una caja de sorpresas.

—Tienes que dejarla volver.

—Me temo que no —decretó socarrón—. Una vez doy rienda suelta a mi talento, el camino se cierra a cal y canto. Es una lástima.

—No te creo —expuso Freya.

Ziel rio mordaz, sintiéndose ganador.

—Ve y compruébalo.

A Freya solo le bastó mirar hacia los sauces. Los fuegos fatuos aparecían para advertir del peligro del camino si se tomaba de vuelta.

—Parece que nos han escuchado —dijo Ziel.

—En el cartel de la entrada pone bien claro que, si se quiere volver, se puede volver.

—Ateniéndose uno a las consecuencias, recuerda.

—¿Qué consecuencias son esas?

—Arroja a una niña pequeña sola e indefensa al camino —propuso el pintor con vileza—. De seguro podrá comprender el funcionamiento de la mente humana a su corta edad. Y, más tarde, si logra salir de una pieza, que te lo explique.

—Eres un miserable.

El cuerpo se le vino abajo. El mensaje fue tan claro que no hizo ningún otro intento por luchar por la seguridad de Süss. Solo de imaginar a la niña en peligro era suficiente para estremecerse. Miró

atrás y vio a la pequeña con los dedos entrelazados a la altura del regazo, clavada en el sitio, oscilante, haciendo que la falda de su vestido verde jugara con el aire. Tomó oxígeno, se acercó y repitió el protocolo de agacharse para hablar con ella y que notara todo el cariño posible.

—Süss, pequeña, ahora entra ahí y llega hasta donde tengas que llegar. —Señaló a la estación ladeando la cabeza.

—¿No vienes conmigo?

Al escuchar aquella pregunta, Freya sintió cómo ese mundo extraño se le venía encima, aurora boreal incluida.

—Mi amor, me encantaría, pero no puedo. Me tengo que quedar aquí.

—¿Por qué? —preguntó gimoteando.

—Para recibir a mas niñas como tú y ayudarlas por si vienen asustadas —mintió, deseosa de no recibir más preguntas—. ¿Lo comprendes?

—Eres muy buena.

Süss besó la mejilla de Freya, esta sintió cómo el mundo se recomponía en un parpadeo para volver a aplastarla por segunda vez. Le era imposible no verse reflejada en la pequeña.

—Me tienes que hacer un favor de amiga —solicitó Freya—. Porque somos amigas, ¿verdad?

—¡Sí!

—No dejes que te hagan daño, mi amor. Nunca.

—¿Quién me quiere hacer daño? —inquirió Süss con sencillez.

Freya no respondió como deseaba, pues Süss era demasiado pequeña para comprenderlo y no quería alarmarla.

—No lo sé, bonita, hay personas malas que se portan muy mal con los demás y no sabemos el motivo. Por eso las niñas llegan aquí asustadas. Tú júntate con las buenas, que hay un montón.

—Les deberían castigar sin jugar en el parque.

—Eso es, mi amor —rio con dolor—. Sin jugar una semana.

Hubo un silencio durante el que Freya contemplaba a la niña con tristeza, sin saber muy bien qué decir para advertirla. Se había prendado de ella, de su voz, de su ingenuidad, de lo preciosa que era por dentro.

—Entonces —continuó Freya—, ¿me prometes que no dejarás que se porten mal contigo?

—Lo prometo.

Tras el juramento, la pequeña se besó la mano y se la ofreció a una Freya que no sabía cómo estaba siendo capaz de soportar todo aquello sin derrumbarse. Al verlo, comprendió el juego y copió a la niña. Se besó la mano y las juntaron. La unión se iluminó. De entre los dedos nació un destello de luz.

—Bien, bonita. Recuerda lo que te he dicho. Que se porten muy bien contigo y a quien no lo haga le mandamos a paseo, ¿qué te parece?

—¡A paseo!

—¡Eso es!

Se fundieron en un abrazo y sin separarse continuó el diálogo:

—Tú tampoco dejes que se porten mal contigo, ¿vale? —imploró la pequeña.

—Vale.

—¿Me lo prometes?

Se separaron y Freya tomándola de los hombros respondió:

—Te lo prometo.

Se despidieron con algo más de ánimo del que cabría esperar. Freya no le quitó ojo a Süss hasta que desapareció del todo tras los opacos cristales de la estación. Una vez sola, estando furiosa, deshizo el camino, se colocó delante de Ziel con los brazos en jarra sin respetar el espacio de trabajo del pintor. Este miraba a la chica pelirroja, sin atisbo de emoción.

—Conmovedor, absolutamente conmovedor —expresó mientras daba vida a un aplauso muy pobre—. Te felicito. Acabas de salvar una vida.

—¿Se puede saber por qué le has pintado eso a la niña?

—No es mi problema y mucho menos el tuyo.

—Eres tú el que pinta. ¿Cómo que no es tu problema?

—Mi problema eres tú, desde luego.

Se inició la batalla y Freya no estaba dispuesta a perderla.

—De acuerdo. —La expresión de su rostro dio un vuelco y parecía otra persona—. Pues ahora es mi turno, mírame.

Fue la culminación a la mayor sorpresa que se llevó Ziel en ese día. En los eones que el artista llevaba cumpliendo con su peculiar cometido, reinando esa pequeña galaxia con mano de hierro, no recordaba a alguien que se mostrara tan desafiante. Tampoco le llegaba la memoria para visualizar la última vez que alguien le hizo sentir incómodo. Todos los incautos que habían decidido traspasar el portal, tarde o temprano, acababan por arrugarse ante él. Tan solo la presencia de Süss consiguió que su trono utópico se tambaleara durante escasos segundos. Aun así, haciendo gala de su ya conocida frialdad y con una también conocida sonrisa sarcástica, accedió:

—Está bien, ya sabes lo que tienes que hacer.

Ansiosa, Freya se inclinó levemente como cuando logró vislumbrar la fuente y la estación al otro lado del denso camino. Y, de igual forma, desde el interior de este, cuando encontró la forma de llegar hasta donde se encontraba ahora, luchando por su propia integridad mental.

Como exigía el ya conocido procedimiento, Freya mantuvo la mirada y vio cómo Ziel ponía en marcha su magia. Se sentía inquieta por ver la obra. Por fortuna, sabía que la espera era corta.

—Aquí está. Espero que después de esto te marches y me dejes trabajar sin problema —dijo fastidiado—. He de reconocer que has sido una gran molestia.

Albergaba ciertas sospechas sobre el cuadro. Cuando Ziel lo volteó, se lo entregó y esperó a que la blancura diera paso a la pintura mágica, esbozó una mueca de asombro. No por el hecho de ver en el lienzo algo que no se esperaba, sino por todo lo contrario. Lo que su corazonada guardaba se plasmó en el lienzo casi con exactitud, salvando ciertos matices que, realmente, eran nimiedades. Freya comprobó que el cuadro mostraba la misma silla de madera tallada que hizo aparecer chasqueando los dedos cuando aquella señora altanera le sugirió sin argumentos y de malas formas que sentara la cabeza. Al estudiar bien la obra, la muchacha pensó que su destino la invitaba a no ser quien era. Tenía bien claro que eso no iba a suceder. A un lado de la pintura, casi oculto, se veía a Klavier con cierta tristeza en su rostro.

—Klavier... —pensó en voz alta.

—¿También hablas sola? —se burló—. Eres un auténtico desastre.

—Deberías probarlo —aconsejó—. Muchas veces hablar a solas es más saludable que hablar con personas como tú.

Al pronunciar esas palabras, escuchó un leve escape de gas. Estudió el interrogante: era más pequeño. Aún conservaba un tamaño considerable, pero sin duda había disminuido. Ella sola, sin pretenderlo, había respondido a un par de cuestiones almacenadas en el globo dorado.

—Ahora tengo que ir a la estación, ¿verdad?

—Ya deberías saberlo.

—¿Eso es un sí? —preguntó cargante.

—Por lo que veo, aparte de sacarme de quicio, te encanta hacer preguntas sin sentido.

—Lamento oír eso, pero por una vez que agoto la paciencia de alguien y me es indiferente, no pasa nada —añadió asertiva—. Así también tienes una buena herramienta para que sepas cómo me he sentido siempre y trabajas tu empatía, señor artista.

Ziel no respondió. Freya se colocó el cuadro bajo el brazo, el cordel volvió a la muñeca y bordeó la fuente para encarar la estación dispuesta a llegar hasta el final. Cuando acompañó a Süss a la puerta, no reparó en ella. Estaba demasiado ocupada en proteger a la pequeña. Ahora la estudiaba con detenimiento. Era un edificio de grandes dimensiones, elegante y refinado, completamente erigido en un cristal opaco que reflejaba la aurora boreal pareciendo un cuadro

de Ziel con vida propia. La joven tuvo serias dudas de si era un reflejo o una imagen real encerrada en el vidrio negro. Contaba con detalles, poyetes y pequeños techados en granito y algunas gárgolas de representaciones de criaturas fantásticas e ignotas, y un reloj enorme de platino justo encima de la entrada con números romanos. Las agujas giraban a toda velocidad en sentido natural como si de la hélice de un avión se tratara.

Ante la entrada quedó inmóvil estudiando la fachada de tan bella estación de ferrocarril. Luego, miró al interrogante flotando, suplicando para que nada de lo que fuera a encontrar en el interior de la estación lo hiciera crecer de forma descontrolada. Por último, giró la cabeza con la esperanza de ver a Ziel y pillarle *in fraganti* espiando sus intenciones, y así fue.

—No eres tan duro como te crees —musitó.

6

Abrió la puerta de cristal negro. Asomó un rostro muy diferente al que apareció por entre las ramas de los sauces. Muy intrigada por ver qué albergaba aquella construcción, comprobó que toda la fantasía anterior parecía transformarse en un viaje en el tiempo. Las tripas de la estación, aun siendo bellísimas, eran casi una contradicción con el exterior. Guardaban una apariencia tradicional, acogedora y atávica, nada que ver con la quimera que suponía la esencia de la plaza. Predominaba el hierro desnudo, una mezcla industrial y moderna que recordaba a estaciones de ferrocarril de décadas pasadas. Desde fuera presumía de gran tamaño, sin embargo, la estancia por dentro era colosal, mucho más de lo que se podría adivinar. Al mirar hacia arriba, al toparse con los patrones que formaban las vidrieras con el metal forjado, daba la impresión de haber conocido otro tipo de poesía palpable. Aunque parecía no tener fin, la estación contaba con un solo anden para el servicio de los viajeros. Tampoco había tren esperando en ese momento. El suelo de mármol pulido brillaba como si tuviera luz propia y devolvía una elegante reverberación con cada pisada. Predominaba un silencio atípico, nada apropiado para un edificio de sus características, pero no se echaba en falta el jaleo clásico de un edificio de esa índole. Le erizaba la piel verse tan sola, aunque agradecía, al fin, un poco de tranquilidad. Freya avanzaba dubitativa sin saber muy bien qué hacer, dando vueltas por el lugar, observando cualquier rincón por si este ofrecía alguna pista. A la derecha del vestíbulo se encontraba la clásica máquina expendedora de tiquetes, pero desconocía cuál era su destino y no disponía de dinero. Aun así, no pudo evitar acercarse para curiosear y ver cuáles eran los itinerarios. Según acortaba la distancia con el dispensador, echó una ojeada general a aquella monstruosidad de hierro y olor a leña, y se preguntó si la pequeña Süss pudiera estar correteando por ahí o estuviera escondida por tener demasiado miedo. De seguido, pensó que igual la máquina arrojaba algo de luz a esa pregunta.

—¿A dónde se dirigen los trenes que salen de aquí? —dijo para sí misma con la cara iluminada por la pantalla—. ¿Pequeña, cómo estarás?

Toqueteando la pantalla pudo comprobar que parecía más un autómata antiguo que una herramienta moderna. Apenas constaba de

un menú ambiguo, en el cual solo se podía adquirir un billete: «Tu destino».

Por el momento, optó por ignorar la máquina y estudiar mejor el lugar. Ya que era de obligado cumplimiento el acudir a la estación una vez se adquiría el cuadro, suponía que alguien o algo llegaría de un momento a otro para arrojar luz al problema. Recordó a Klavier hablando de dos personas, no recordaba sus nombres, pero habría jurado que eran trabajadores de la estación, así que deambuló por allí y se dejó embaucar por su encanto hasta que dichas personas se dignaran a aparecer.

Comenzó su paseo atenta al interrogante, estaba convencida de que cambiaría de tamaño de un momento a otro. Colocó las manos entrelazadas en la espalda; decía que así caminaban las personas mayores. Era un pequeño consuelo por el trauma de ser siempre señalada como una niña de forma cruel, se sentía más adulta así. Tras un rato de caminata, logró localizar varios megáfonos repartidos por buena parte del vestíbulo y se quedó atenta a uno de ellos. Ladeó la cabeza como un perro, arqueó las cejas y, en ese preciso instante, sonó un acople, ruido de interferencias y dos voces que parecían nerviosas, asustando a Freya. A los pocos segundos, el sonido se limpió y se escuchó por megafonía un mensaje:

«Aviso para la pasajera Freya. Aviso para la pasajera Freya. Adquiera su tique a cambio de su cuadro. Gracias».

La voz era realmente extraña, ya que parecía el unísono de dos voces anunciando el aviso a coro, en perfecta sincronía y en un tono que, sin saber el motivo, le recordó a un cómico en horas bajas.

Gracias al mensaje ya tenía una pista. Volvió sobre sus pasos y con un golpe de dedo en la pantalla hizo aparecer el escueto menú. Ahora sí pulsó el botón «tu destino». La máquina comenzó a brillar y emitir sonidos alocados, muy semejantes a los de una máquina tragaperras. De lo alto del mecanismo se abrió una pequeña trampilla y de ella apareció un moderno lector láser que iba articulándose, extendiendo todas sus piezas hasta adoptar unas dimensiones desmesuradas. En la pantalla se indicaba una única instrucción para continuar:

«Muestre su cuadro en el lector».

Freya así lo hizo, sin olvidarse de esbozar una expresión de incredulidad aun habiendo visto con anterioridad una cantidad ingente de situaciones increíbles. Su cupo para sorpresas aún no rebosaba. El dispositivo, al detectar el cuadro, volvió a emitir sonidos festivos durante unos segundos y de buenas a primeras se apagó, dejando caer en una bandeja inferior un tique de viaje.

Sin salir de su asombro, la joven agarró el trozo de cartón, en el

cual no se especificaba nada; tan solo era una pequeña tarjeta blanca. Lo estudió confusa, lo agitó, lo frotó y lo sopló con la esperanza de descubrir algo y obtener más de información; no hubo recompensa. No le quedó más remedio que retomar su estrategia anterior: esperar.

Volvió a ligarse las manos en la zona lumbar y continuó con su anterior paseo hacia la nada en la inmensidad del andén. No esperó demasiado hasta que se volvieron a escuchar interferencias por megafonía, una pequeña riña ininteligible y de nuevo las mismas voces de antes dando un mensaje:

> *«Último aviso para el tren con destino "piiiiii" para la pasajera Freya. Atención, último aviso para el tren con destino "piiiiii" para la pasajera Freya. Andén uno. Gracias».*

Aquellas voces le seguían pareciendo demasiado extrañas. Inspiraban simpatía y rechazo. El sonido «piiii» no era un pitido como tal, sino la propia voz (o las voces) comunicándolo de una forma cómica. Aunque todo era muy estrafalario, Freya regresó al principio del único andén de la estación. Continuaba sola, sin ver a nadie ni ver tren alguno en las vías, y eso la hacía sentirse aun más perdida.

Al llegar a donde supuestamente era el principio del andén, el silencio reinaba en la estancia con más ahínco, solo acompañaba la reverberación del suelo y su propia respiración. Se asomaba al andén por si veía llegar el tren, investigaba el techo, las paredes, la máquina expendedora, nada. Cuando hizo un gesto de desesperación alzando los brazos y dejándolos caer sin vida, recibió un pequeño golpecito en la espalda que la hizo sobresaltarse del susto acompañado de un grito ahogado. Se giró violentamente con la mano en el pecho, sintiendo cómo el corazón quería escapar, topándose con una figura de dos cabezas que no supo identificar en primera instancia como algo real.

—¡Hola, hola! —saludó la figura a dos voces con una mezcla itinerante de tonalidades.

—¿Hola? —devolvió el singular saludo entendiendo que todavía quedaba espacio para muchas más sorpresas.

—Vaya, pero si eres Freya de verdad.

—Oye, tus coletas son muy divertidas.

—Pareces diferente a los demás.

—Eso es porque huele a chocolate.

—¿Quién es... son... ustedes? —preguntó Freya perpleja.

—Somos el Señor...

—Liebe.

—Y el Señor...

—Hass.

—¡Y somos los jefes de estación! —recitaron las dos cabezas al

unísono, una alegre y la otra con tono aburrido—. ¡Tachán!

La muchacha tenía delante una figura que poseía forma humanoide a pesar de las dos cabezas. Cada una pensaba y hablaba de forma independiente. Poseía un tronco rectangular, enorme, que le hacía elevarse demasiado del suelo y dos brazos y dos piernas visiblemente más cortos en proporción con el cuerpo.

—Oh, Klavier me habló de ustedes —aclaró Freya.

—Entonces, en ese caso...

—No somos un fracaso...

—Porque nuestra fama es notoria...

—Y por ello haremos historia...

Fue imposible para Freya simular normalidad ante aquel ser estrambótico y su particular forma de expresarse. No obstante, su necesidad más urgente era una guía para saber cómo proceder y el Señor Liebe y el Señor Hass eran la única ayuda con la que contaba.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —quiso saber con apremio—. Tengo mi tique de viaje, o lo que sea esto, después de haber mostrado mi cuadro a aquella máquina del demonio, pero no sé cual es el siguiente paso.

—Ah, la canalla incertidumbre...

—No es algo banal para el alma...

—Jovencita, deja que te alumbre...

—Y por fin hallarás la calma...

Sentía fascinación por esas cabezas parlantes. Freya no salía de su asombro, aunque le ponía algo nerviosa. El Señor Liebe y el Señor Hass era un hombre (o dos) ataviado con un traje clásico de jefe de estación negro y una gorra roja con un pequeño ribete dorado. La peculiaridad residía en que en una mitad, la del Señor Liebe, el traje estaba impoluto, la gorra le sentaba como un guante y su expresión era de una felicidad inaudita, mientras que en la otra mitad, la del Señor Hass, el traje era tres tallas más grande de la necesaria y la gorra le iba estrecha, deformando la expresión de su rostro, pareciendo enfadado o triste; la diferencia era muy sutil. En conjunto, parecían artistas de circo.

—No es por ser grosera, pero... —intentó comunicar Freya.

—Un tren aparecerá a tu espalda...

—Quizá color burdeos, quizá en tono esmeralda...

—Y cuando llegue noble y robusto...

—Podrás... eh, esto... Perdona, Liebe, no se me ocurre nada.

—Oh, maldición...

Ambas cabezas actuaban con total autonomía, lo mismo ocurría con el tronco y las extremidades. Unas derrochaban energía en el aire mientras que el cuerpo parecía no tener vida.

— Ya sabes que hablar en verso no se me da nada bien —se quejó

Hass.

—Tendrás que aplicarte para próximos eventos.

—Es que no me gusta, te lo he dicho millones de veces. Podríamos hablar en prosa.

—Bendita paciencia la mía. —Gesticuló con el brazo de su lado mirando a Freya y enumeró con los dedos—: Susto, arbusto, gusto, justo... No era tan difícil.

—Ya, tienes razón —gimoteó.

—Disculpen —interrumpió Freya—. ¿Cuándo llegará el tren?

—Perdona, Freya. Estamos en plena reunión artística —informó Liebe.

—A la cual no me apetece asistir —aclaró Hass enfadado.

—Pues sal corriendo. ¡Ja!

—Eso te encantaría.

—Perdonen —interrumpió de nuevo Freya—. ¿Pueden dejar de discutir y ayudarme? Me van a volver loca.

—¿Loca? —comenzó a recitar Liebe—. ¿Qué es estar loca, Freya? Volverse loco es algo con tantas posibilidades, con tantos claroscuros, con millones de recovecos por descifrar y algo tan incomprendido socialmente que afirmar que te estamos volviendo loca es, a todas luces, una locura. ¿No crees, Hass?

—Yo no diría tanto —respondió con tono apagado—. Tan solo creo que le caemos mal.

—¡No! —exclamó Freya avergonzada—. No quería sugerir eso.

—Así que te caemos mal —continuó Liebe—. Vaya, yo que te tenía en alta estima.

—No, de verdad, no era mi intención decir algo así.

—¿Permiso para hablar? —solicitó Hass.

—Claro —dijo Freya—, adelante.

—Gracias, cuando tenga algo que decir, lo diré.

—Hombre precavido, sí señor —lo felicitó Liebe engolando la voz —. Por algo eres mi amigo.

La situación, cada vez más excéntrica, hizo que Freya necesitara un respiro, contar hasta diez y volver a intentarlo, pero aquellos seres hablaban sin parar y no daban tregua.

—En el servicio militar, el cual nunca hice, aprendí disciplina, cautela, educación y a fumar tragándome el humo —presumió Hass—. De ahí viene mi tendencia a ser precavido. También aprendí a cocinar huevos poché.

—Nunca has cocinado para mí —se quejó Liebe.

—Eso es porque nunca hice el servicio militar. No me escuchas cuando te hablo.

—Este es el nonagésimo cuarto día consecutivo que te levantas de un humor de perros.

—Señores, se lo suplico —reclamó Freya desesperada—. ¿Pueden ayudarme?

—¿Qué pasa, Freya? —repuso Liebe frunciendo el ceño—. ¿Acaso no te gustan los perros?

—¡Pues claro que le gustan! —vociferó Hass—¿A quién no le gustan los perros?

—A ti.

—Porque no tengo buen olfato —explicó triste—. Mi aversión nace de una profunda envidia, lo admito. Soy un monstruo.

—Esto es una pesadilla —expresó Freya exhausta.

Los jefes de estación se miraron con complicidad. Parecía que estaban deseando este momento. Devolvieron la mirada a Freya y dieron rienda suelta a su verborrea:

—¿Pesadilla? —añadió Hass con sonrisa cansada—. ¿Alguna vez has escuchado una vocecilla que te llena la cabeza de dudas, frases vacías, probabilidades remotas y te impide poner en práctica una decisión en firme? ¿Algo así como un martillo de plástico que te golpea la frente con poca fuerza? No hace daño, pero te hace imposible concentrarte en cualquier otra cosa. Y tú crees que deberías hacer eso que has decidido hacer porque eso que has decidido hacer es, quizá, lo mejor. En cambio, esa voz te recuerda a golpe de martillo de plástico las consecuencias negativas de eso que deseas o has decidido hacer, aunque sepas o creas que eso que has decidido hacer es lo mejor. Porque, a pesar de que hayas decidido hacer eso que quieres o debes hacer, sabes que algo se va a torcer, te vas a sentir mal y tu parte irracional te dice que eso que quieres hacer no es lo correcto. ¿Te ha pasado, Freya? Dime, ¿te ha ocurrido? Oh, claro que te ha ocurrido. Ese martillo que te hace tan infeliz.

—No le hagas caso. Cuando se pone así, es insoportable —repuso Liebe—. ¿Alguna vez has escuchado esa vocecilla que te empuja a hacer eso que crees que debes o deseas hacer? ¿Algo así como una pluma de ganso que te hace cosquillas en el trasero y te hace brincar hacia delante? Puedes darte de bruces con todo lo positivo que acarrea esa decisión que deseas o crees que debes hacer y sentirte plena. Y sabes que eso que quieres o debes hacer te va a hacer sentir mejor porque eso que quieres hacer es la mejor de las ideas. Esa voz amiga que te dice y afirma que estás en el camino correcto por hacer eso que quieres o has decidido hacer. Incluso esa voz que responde a la otra voz cuando haces lo que deseas o quieres hacer. ¿Te ha pasado, Freya? Dime, ¿te ha ocurrido? Oh, por supuesto que te ha ocurrido. Esa pluma tan divertida...

—Sí, pero la primera voz responde a la segunda voz —dijo Hass.

—Sí, pero la segunda voz responde a la primera voz —dijo Liebe.

—Sí, para que la primera voz deje sin argumentos a la segunda voz.

—Sí, para que la segunda voz de la vuelta a los argumentos de la primera voz.

Ante el aluvión de palabras, la muchacha pelirroja empezaba a palidecer, sin saber el camino a seguir ante un ser misterioso con problemas de doble personalidad. Se había sentido mejor, pero eso no evitaba que las situaciones amargas se le almacenaran en el pecho. Su corazón, con varios decesos en su haber, bien sabía de esa vivencia. Y más cuando ante los jefes de estación las dudas comenzaron a emerger desprovistas de compasión. Freya cavilaba sobre si estaba haciendo lo correcto, sobre si se había dejado llevar por un sentimiento visceral al desafiar a Ziel o, por el contrario, actuaba al fin por amor propio y hacía bien en plantarse. También barajó la posibilidad de haberse adentrado en el camino influenciada, no por decisión personal. Las personas en la entrada del camino le reprocharon el no querer entrar; por otro lado, le reprocharon cuando cambió de parecer. No le encontraba sentido. Le asaltaban las cuestiones por ambos costados.

—¿La primera voz va ganando? —preguntó hiriente Hass.

—¿O es la segunda la que gana terreno? —sugirió Liebe de igual forma.

Viéndose envuelta en hierro y mármol tras atravesar demasiadas trampas, percibió estar cerca del colapso. Los brazos le pesaban un quintal, la cabeza le latía, le picaba todo el cuerpo y apareció el sentimiento de culpa.

—Klavier, ¿por qué me ha hecho llegar hasta aquí? —murmullo con voz temblorosa—. ¿Por qué me ha hecho esto?

Mantuvo la mirada perdida, como si su mente estuviese en otra parte. Las dos cabezas charlatanas continuaban con su soliloquio haciendo que Freya llegase a dudar de su propia cordura. Cuando vieron a la joven derrotada, cesaron.

—Creo que le pasa algo, Hass.

—Eso veo. ¿Estás bien, Freya?

—No —respondió rígida.

Freya regresó de su pequeño viaje. Levantó la cabeza y se topó con dos rostros absurdos. El señor Liebe y el señor Hass observaban a la joven con expresión incrédula, como si ellos no hubieran hecho nada. Eso cambió las tornas. Freya sintió que la tomaban por tonta.

—¿Te cantamos una canción para que te sientas más alegre? —sugirió Liebe.

—Yo me sé una que habla sobre un violín sin cuerdas que se quiere morir —propuso Hass sin mucha convicción.

—¡Basta! —exclamó fuera de sí—. ¿Para qué están ustedes aquí si solo discuten, intentan hacerme perder el tiempo y llenarme de dudas? Necesito soluciones.

El Señor Liebe y el Señor Hass dieron un respingo del susto, cada

uno con su pierna correspondiente, dando vida por vez primera a su cuerpo por completo; decidieron dejar su interpretación para otro momento.

Después de verse fuerte, de lograr defenderse y de sentirse válida, no, no lo podía permitir. A la joven pelirroja, al comprender tras mucho esfuerzo lo lejos que había llegado y que esas estúpidas caras intentaban jugársela, le invadió una rabia tremenda.

—Mira lo que has conseguido —señaló Hass.

—De eso nada, has sido tú por tu falta de vocabulario cuando toca hablar en verso —sentenció Liebe—. Tendrás que disculparle, no está muy en sus cabales hoy. Bueno, nunca lo está.

Encontrándose en esa tesitura y lo complejo de ambas personalidades, Freya intentó ser lo más clara posible:

—Ustedes me han avisado por megafonía para que me suba al tren del andén uno. ¿Correcto?

—Correcto...

—En efecto...

—Perfecto...

—¿Insecto?

—Oh, maldición...

—Para ser el tipo alegre estás siempre enfadado conmigo —reprochó Hass.

—Aquí no hay ningún tren —expuso Freya a punto de perder los nervios—. ¿Por qué juegan así conmigo?

Los jefes de estación se quedaron sin ideas, se volvieron a mirar y sintieron que no les quedaba más remedio que finalizar su actuación.

—Te equivocas —aseveraron juntos.

De la nada, rompiendo en millones de pedazos el silencio que con tanto mimo impregnaba la estación, un exagerado ruido hidráulico hizo que Freya se asustara y se le escapara un grito abrupto. El estruendo venía precedido de una nube blanquecina y morada, de donde salían estrellas y espirales con aspecto de haber sido dibujadas a lápiz. Tras la densa y bella magia, una bocina ensordecedora de una locomotora a vapor sonó imponente. Al volverse, Freya encontró un hermoso tren de lujo de color negro mate con detalles dorados, pesado, ruidoso y refinado. La puerta se abrió para ella con otro chasquido agudo. El vagón estaba vacío, aquella obra maestra de la ingeniería estaba a su entera disposición. Nadie habitaba la maquinaria o los pasillos, todo hacía suponer que esa bestia movida por un carbón ilusorio poseía un alma sintiente, una educación primorosa y sabía a la perfección cuál era su cometido para con su nueva pasajera.

—Que disfrutes de tu viaje —deseó Hass con mal tono.

—¿A dónde se dirige?

—A tu destino —respondió Liebe con firmeza.
—Entiendo —expresó Freya—. Gracias.
El interrogante emitió un silbido indicando que había encogido. La joven esbozó una ligera sonrisa de satisfacción. Por primera vez, comprendió la actitud del globo antes de que sucediese algo. Sabía cuál iba a ser su siguiente paso y sintió orgullo por ello.
—Pero recuerda el martillo de plástico —recordó Hass llevándose el dedo índice a la sien.
—Y la pluma de ganso —añadió Liebe, pero acercando su dedo al trasero.
—Sí, sí —afirmó Freya quitándole hierro al asunto—. Hasta pronto.
—Hasta siempre, Freya —se despidieron ambos.
Las puertas se cerraron ante la muchacha pelirroja que disfrutaba de las comodidades de todo un tren elegante y sofisticado. Sacó la cabeza por una de las ventanillas para dirigirse a los jefes de estación antes de partir, queriendo corroborar lo que le rondaba por la mente.
—¿Cuánto durará mi viaje?
—No te preocupes por eso —apuntó Hass—. Durará apenas un parpadeo.
—Eso sí, agárrate fuerte al entrar en la vorágine —explicó Liebe.
—Bien, enseguida estoy con ustedes.
—¿Cómo dices? —preguntaron juntos con estupor.
Cerró la ventanilla y se acomodó, sonriendo victoriosa. El silbato de la locomotora volvió a rugir, el tren se puso en marcha y paulatinamente ganó velocidad. Tal y como habían afirmado los jefes de estación, antes de llegar a los primeros veinte metros recorridos, el tren entró en una especie de espiral plateada que se había formado en la misma vía, similar a una galaxia centelleante. El tren, casi en cámara lenta, se deformó, retorció, encogió y tras una sacudida secundada por un destello de luz blanca, desapareció, dejando tras de sí una lúgubre calma. A deducir por las expresiones de Liebe y Hass, aquella suerte de viaje astral entraba dentro de lo cotidiano, aunque la despedida de Freya los llenó de preguntas.
—¿Qué habrá querido decir con eso? —se preguntaron a coro mientras Liebe le rascaba la cabeza a Hass y este le rascaba la barbilla a su compañero.
Se quedaron inmóviles un tiempo considerable hasta que el silencio, al que ya estaban más que acostumbrados, pasó a ser incómodo hasta para ellos. Cuando pusieron punto final a la espera y aceptaron la falta de respuesta, quisieron volver a sus quehaceres. De pronto, la espiral plateada comenzó a recomponerse hasta que adquirió el tamaño anterior al viaje de Freya. De ella, acompañada de rayos que caían en derredor a la vía, reapareció el tren, majestuoso, creando chispas por la fricción de las ruedas y los raíles. Las puertas se

abrieron. Freya cumplió con su advertencia y descendió los dos escalones del vagón con mucha pausa, mostrando una relajación considerable. El interrogante volvió a verse reducido de tamaño.

—Hola —habló risueña.

—¿Me engañan mis ojos?

—¿Nos nubla la fantasía?

—¿Será una profecía?

—¿Acontecida con arrojo?

—¡Habéis mejorado! —aplaudió Freya riendo—. ¡Muy bien!

La actitud alegre del Señor Liebe, a pesar de estar siempre enfadado con su compañero, y el carácter del Señor Hass, siempre soñoliento y apático, dieron paso a una sorpresa superlativa cuando vieron aparecer el baile divertido de las coletas naranjas abandonando el vagón como si nada, con el cuadro que le había entregado Ziel, pareciendo una persona distinta.

—Klavier no mentía, ha sido toda una experiencia conocerlos —comunicó Freya—. Gracias por su ayuda. Ahora sí, adiós, señores.

—Pero, Freya —intervino Liebe inquieto—, tienes que tomar el tren.

—Y llegar a tu destino —añadió Hass.

—Ya lo hice —respondió Freya sonriente, despidiéndose con la mano y lanzando un beso al aire—. Hasta siempre.

Viendo cómo Freya se dirigía hacia la salida, Liebe y Hass, aún con una gran conmoción, solo acertaron a despedirse con la mano y cara de estupefacción, con la boca en redondo. Fueron incapaces de pronunciar palabra. Solo consiguieron hablar una vez perdieron de vista a la muchacha cuando estuvo a punto de atravesar la puerta de cristal negro.

—¿Quién podría imaginar tal cosa?

—Diría que es una chica especial.

—Su alma parece realmente hermosa.

—Perdona, Liebe, pero ¿estamos hablando o esperabas un verso?

—Oh, maldición…

En ese momento, un hombre vestido con un elegante traje azul quiso entrar a la estación. Se le veía repleto de felicidad. Cuadro en mano, iba alardeando de una nueva vida llena de placeres hasta que chocó accidentalmente con Freya y cayó al suelo.

—Oh, disculpe. ¿Le he hecho daño? —preguntó intranquila la joven—. Deje que lo ayude.

El hombre se incorporó, recogió su cuadro del suelo, comprobó que seguía de una pieza y examinó a Freya de arriba abajo.

—Mira por dónde vas, niña estúpida.

Sin dar tiempo a más, el hombre prosiguió su carrera hacia el corazón de la estación, volviendo a estar henchido de felicidad.

Freya hizo lo propio. Tomó su cuadro del suelo y se sintió molesta por la actitud de aquel hombre que corría apresurado, pero tenía tiempo suficiente como para mostrarse de lo más zafio. Aun así, la joven volvió a elevar la mirada al interrogante y pudo comprobar que había vuelto a disminuir tras el encontronazo. Eso le hizo sonreír y sentir pena por aquel desdichado que creía que su cuadro iba a solucionar sus problemas. No olvidó la fuerza y la entereza con las que tenía pensado salir de la estación. Se aferró a su propio cuadro, tomó aire y atravesó el cristal negro.

7

La parte gobernada por Ziel volvió a darle la bienvenida a Freya y su globo. El hechizo embriagador del vacío que envolvía el emplazamiento rompió el silencio del que tanto se jactaba y se iluminó solemne, cambiando el negro y el morado del lejano cosmos por el blanco puro. La aurora boreal bailaba sus cortinas de energía verdosa allá en lo alto y los adoquines en mosaico, con un quejido, cambiaron su dibujo, formando soles anaranjados; el cambio fue radical.

Ziel, como no podía ser de otro modo, sintió la sacudida de su pequeño mundo y abandonó su rol de hombre estoico. Se incorporó brusco lanzando el taburete donde siempre estaba sentado hacia atrás. Buscaba desesperado el motivo de ese terremoto hasta que Freya, con paso lento, bordeó la fuente para posicionarse frente al lugar de trabajo del pintor sin apartar la mirada de ese cuadro que tanto odiaba, ese que le indicaba cuál era su siguiente parada, ese que le decía cómo tenía que comportarse. Ziel vigilaba la figura de la joven, que se paseaba ante él intentando no perder ni un solo detalle. Al igual que el Señor Liebe y el Señor Hass, al pretencioso artista le parecía estar ante otra persona diferente.

—Has vuelto —mascullo atónito—. ¿Cómo es posible?

Agitada, Freya levantó la vista por encima del lienzo para encontrarse con un rostro afligido que necesitaba saber más. No pudo evitar el torrente de emociones que le provocó a sus ojos llenarse de lágrimas, pero resistiendo a deslizarse por las mejillas, dándole un brillo poético a sus ojos grises. Avanzó un par de pasos, reflexionó y quiso devolverle el cuadro al artista.

—Haz con esto lo que te plazca. Quémalo, cómetelo, lánzalo al vacío, haz lo que quieras con él, ya no lo quiero —confesó—. Aunque, realmente, nunca lo quise.

Ziel, que había recuperado el taburete y se había vuelto a sentar, extendió el brazo acongojado. Aquel pintor lleno de confianza había desaparecido, solo quedaban las migajas. Tomó el cuadro y Freya, deseosa de lanzarse al abismo más profundo, sin acabar de soltarlo, prosiguió:

—¿Has tenido alguna vez una epifanía, Ziel? —Una lágrima alcanzó a resbalar.

—Presiento que, más que una pregunta, es un prólogo para lo que

tienes que decirme —reprochó—. No tengo tiempo para tus tonterías.

Posó el cuadro sin permiso en las piernas del hombre que tantos problemas le había causado tan solo con su actitud.

—¿Por qué? —Una segunda lágrima cayó. Se cruzó de brazos.

—Insisto, no tengo tiempo.

Reunió todos sus demonios en un punto. Rojos, alados, musculosos y obscenamente sonrientes, mostrando una dentadura puntiaguda del color del hollín. Freya, cuando los comenzó a sentir antaño, decidió imaginarlos como la clásica representación de los señores del inframundo sedientos de dolor. De ese modo, creyó que podría combatirlos con mejor resultado en vez de luchar contra entes imaginarios de su mente, sin cuerpo ni alma, con capacidad para hacer demasiado daño. Uno a uno fueron entrando hasta colapsar el ínfimo punto donde se concentraban hasta provocar una colosal explosión, creando así un nuevo universo más maleable una vez liberado todo sufrimiento.

—¿Por qué he tenido que llorar tantas veces sola? —comenzó a recitar—. ¿Por qué he sentido tanta soledad rodeada de tantas personas? ¿Por qué me he visto obligada a defenderme de forma constante? ¿Por qué se me señala solo por ser yo? ¿Por qué? —Guardó silencio unos segundos entre sollozos—. ¿Por qué, joder? ¿Ziel, por qué?

Al fin rompió en llanto. Sus hombros convulsionaban por la respiración entrecortada, se mantenía rígida, con los brazos pegados al cuerpo intentando mantener el control hasta que se llevó las manos al rostro y continuó con su desahogo provocando que Ziel se sintiera fuera de lugar en su propio mundo.

La creación fantástica tras el camino de sauces comenzó a vibrar. Los fuegos fatuos se asomaron, atentos a la escena que les había llamado tanto la atención. Se dejaron ver y se presentaron como niños curiosos. Abandonaron al fin su escondrijo, conquistaron el aire pausadamente, envolvieron a la joven, iluminándola con giros estudiados, con mucha suavidad. Ziel se mostró enfadado ante su presencia.

—Largaos —ordenó el pintor—. Volved al camino. Nadie os quiere aquí.

Uno de ellos, rebelándose ante las palabras de Ziel, con sumo cuidado rompió la formación, se elevó hasta la cabeza de Freya y con una minúscula deflagración que él mismo generó con su cuerpo desintegró las gomas que formaban las coletas características de Freya. Su pelo anaranjado descendió como un pañuelo de seda en una brisa. Al darse cuenta, apartó las manos y los seres verdosos se retiraron para volver a esconderse. Aquel no fue el único cambio; tras retirarse el pelo, los rasgos de Freya habían evolucionado. Ya no tenía

la apariencia de una chica inexperta y miedosa, ahora poseía las facciones de toda una mujer adulta. No importaba que su cara pecosa siguiera aniñando su imagen, la madurez se veía reflejada en todo su ser. Ziel intentó recuperar algo de confianza afrentándola.

—Tarde o temprano harás lo que se te dice aquí, es decir, lo que yo te diga. —Señaló el cuadro.

Recordó la sensación que le produjo observar ese vacío que rodeaba la plaza, tan gigantesco, tan inconmensurable; sin embargo, tan vano. Mostrándose por completo sincera y vulnerable no era suficiente para ser comprendida. Tanta falta de empatía alimentó y dio alas a la epifanía de la que hablaba por mucho que el pintor y los jefes de estación intentaran por todos los medios hacerla dudar de su capacidad.

Avanzó lenta, aún con ojos vidriosos, hasta situarse justo enfrente de aquel artista cruel. Le arrebató el cuadro de las piernas y volvió a retirarse. Lo examinó de nuevo, convulsa, con las mejillas empapadas y el corazón encharcado. Volvió a dirigirse a Ziel con los labios fruncidos, haciendo fuerza para detener un llanto que se había hecho fuerte y deseaba continuar. Respiró a bocanadas hasta lograr un poco de calma. Regresó la vista a Ziel, que le dedicaba una mueca desafiante, la cual Freya extinguió sin contemplaciones con voz ahogada, saboreando las lágrimas que se deslizaban hasta sus labios.

—Se acabó.

Con un sonoro rodillazo partió el cuadro por la mitad en un acto repleto de hartazgo y deseo de libertad. Sin miramientos, lanzó a los pies de Ziel las dos partes de madera astilladas con desprecio. Por último, chasqueó los dedos e hizo aparecer la silla representada en el lienzo que ahora descansaba hecho añicos en el suelo.

—El que debería sentar la cabeza eres tú —imperó, siendo consciente de su poder.

Se dirigió hacia la senda de sauces, dispuesta a deshacer el camino que le había hecho vivir una experiencia que bien podría equivaler a una vida entera. Posó un pie en el camino rosado, se detuvo, suspiró y se giró para, de un modo especial, empezar a echar de menos la estación del Señor Liebe y el Señor Hass, la aurora boreal, el mosaico de la plaza, el vacío y a Ziel. Sus ojos no cesaban de gotear, pero se encontraba más ligera.

—Imagino que nos volveremos a ver en innumerables ocasiones —estimó solemne Freya—, aunque solo sea por el hecho de tener que volver a esquivarte.

—Cuenta con ello.

—Adiós, Ziel.

El pintor no se despidió. Freya, a pesar de sus palabras, encaraba el camino muy agitada, nerviosa por haber sido capaz de mantenerse

firme y actuar con convicción, sin atisbo de culpa, orgullosa de sí misma. Le invadió un cosquilleo incómodo al imaginar una nueva situación donde hubiera un caballete, un lienzo, una fuente, un tren, una plaza de cualquier municipio o, en definitiva, cualquier cosa que hiciera a su cerebro recordar y estremecerse. Ziel podría aparecerse en cualquier parte siempre que a su mente le naciera tal capricho. Sí, volverían a encontrarse. Ese ser, aparentemente mágico, con un talento sobrehumano para la pintura y la falta de escrúpulos, bien sabía que ese cara a cara se produciría, de una forma u otra, más pronto que tarde.

Los fuegos fatuos esperaban en el camino cuando Freya se adentró por segunda vez en él. La luminosidad era más intensa y su baile más frenético. La joven se sentía más aliviada, pero observaba el camino y se le formaba un nudo en el estómago. Su mente se llenaba de ideas conforme imaginaba esas consecuencias de las que hablaba Ziel e informaba el cartel del principio, esas que impidieron a Süss volver. Con poca esperanza, intentó visualizar la salida al otro lado para ahorrarse lo que estuviera por venir. Después de largo rato, era incapaz de encontrarla como le enseñó Klavier; no era de piedra. Por mucha seguridad que hubiese mostrado, se hallaba demasiado inquieta como para concentrarse por todos los acontecimientos vividos. Se desesperó, cesó en su intento y decidió ponerse a caminar y encontrar la salida por pura terquedad.

Dio por iniciada la caminata. Luego de andar una eternidad, comprobó que aquellas consecuencias no hacían acto de presencia. Poco a poco, se fue relajando, silbaba la melodía que aprendió en el viaje de ida, estudiaba los árboles y el arroyo, contemplándolos ahora que el paisaje idílico le era más familiar. Los entes no cesaban en su vuelo y todo indicaba que nada iba a perturbar la tranquilidad del lugar. Sin embargo, anduvo hasta que los pies le sangraron, parecía inútil, solo veía árboles; perdió la noción del tiempo.

De pronto, tropezó con algo. El primer pensamiento fue sentirse estúpida por haberse dado de bruces contra un sauce. El camino, aun teniendo una vegetación espesa, tenía la anchura suficiente, fue por ello que inmediatamente se sintió confundida. Cuando se reincorporó y pudo comprobar qué era el obstáculo, se llevó la mano a la boca, empalideció y sus piernas fueron incapaces de soportar su peso. Rendida, se dejó caer hasta dar con sus rodillas en el suelo.

—Dios mío, Dios mío...

Delante de ella, con la espalda apoyada en un tronco, el cuerpo inerte de un hombre rompía la armonía del paisaje primaveral. Junto a él había un globo dorado sin aire, de tamaño desmesurado, como si fuera un paracaídas. Tenía grabado un interrogante, igual que el suyo. Freya no tuvo el instinto de comprobar sus constantes vitales. Tenía la

mirada vacía, un rictus tétrico y extrañamente melancólico; había sufrimiento en aquella expresión. Se quedó paralizada, era de sentido común comprender que nada podía hacer por ese hombre que ya descansaba en paz, pero su lado más humano le impedía marcharse. Dejar atrás a un fallecido se le presentaba como una idea despiadada. Era la primera vez que veía un cadáver y el impacto fue demasiado grande. Mientras intentaba en vano desviar la mirada de ese ser extinto, no tardó en ver cómo el hombre aún sostenía un papel en su mano derecha; era lo único destacable y parecía estar ofreciéndolo. Se lo pensó dos veces, incluso miró en todas direcciones buscando testigos, como si estuviera cometiendo un delito. Tras meditarlo, suspiró y, muy veloz, agarró el trozo de papel para apartarse enseguida. Comprobó que era una carta:

> *Estimado/a quien seas:*
>
> *Si estás leyendo esto, es que he muerto. Sí, lo sé, es una frase muy manida, lamentablemente es cierta. Tengo serias dudas de que alguien sea capaz de encontrarme, ni siquiera sé dónde estoy, pero quiero conservar la esperanza. Llevo en este camino demasiado tiempo, pero quién sabe, quizás alguien se tope conmigo y necesite de estas palabras para no acabar como yo.*
>
> *Quise atravesar el camino en la otra dirección por un motivo, el cual no pude cumplir: seguir vivo. O, mejor dicho, recuperar las ganas de vivir, que no es lo mismo.*
>
> *Tenía toda la voluntad del mundo para salir, seguramente la misma que tú si te has atrevido a desafiar a ese pintor insufrible que merece todo lo malo que le ocurra. Ahora estoy seguro de que me dejó volver por diversión, a sabiendas de que mi destino estaba escrito para acabar aquí, bajo unos árboles que parecen llorar: esa voluntad acabó por desvanecerse. Como podrás ver, junto a mí yace un globo repleto de preguntas, repleto de engaños y repleto de mentiras que me repetía sin cesar. Creía que eran la solución a todos mis problemas mientras mi angustia crecía y crecía y yo miraba hacia otro lado, guardando todos mis tormentos bajo la alfombra. Déjame decirte una cosa: no le quites importancia a aquello que sientes, porque es real, no es un cuento inventado, no huyas de ti o tu globo explotará. Y, cuando eso ocurra, solo tendrás tiempo para lamentarte y sentir cómo tu cuerpo se va apagando. Discute más contigo mismo/a, no te hagas tanto caso.*
>
> *Hazme un favor personal, aunque no sepa ni tu nombre: sal de aquí, véncete, por lo que más quieras. Mírame, ¿quieres acabar de este modo? No importa que lo que tengas delante sea el paso más difícil. Merecerá la pena, estoy seguro.*
>
> *El abrazo más grande que un ser humano puede dar a otro.*

Ojalá hubiera podido conocerte. Seguro que tienes un alma preciosa.

Atentamente,
Tot.

Freya no daba crédito. Como una avalancha, aquellas palabras de un perfecto desconocido le dijeron demasiadas cosas y todas de golpe. Había alguien más que parecía vestirse con su misma piel. Fue ahí cuando descubrió la importancia de su situación. Cuando centenares de veces decidió abandonar y lo hacía sin llegar a caer en la cuenta de que abandonar significaba algo tan terrible. Había fantaseado con la muerte como si fuera algo demasiado deseable, pero muy lejano. Delante de ella, al alcance de la mano, estaba la evidencia de que ese horizonte podría estar a la vuelta de la esquina.

Guardó la carta con sumo cuidado. De un modo extraño, se sintió consolada, incluso amada por un cuerpo frío. Freya, desde lo más profundo de su ser, abrazó a Tot, a alguien que recordaría siempre sin saber siquiera cómo era su voz o su comida favorita, su risa o su forma de caminar.

—Gracias —susurró con el alma rota—. Millones de gracias.

A duras penas, reanudó la marcha, girando la cabeza una y otra vez, despidiéndose de Tot hasta que las ramas de los árboles fueron lo único visible.

Freya no sabía muy bien cómo llegar al final y avanzaba desconcertada entre las ramas, el arroyo y sus pequeños saltos de agua. No obstante, no pensaba quedarse allí de ninguna de las maneras. Reflexionó largo y tendido sobre todo lo vivido, sacaba conclusiones, forjaba nuevas preguntas y se llenaba de esperanza conforme ataba cabos.

Sin ninguna señal que lo anunciara, el propio camino, al percibir a la joven tan testadura, como si pudiera leer su mente, decidió cambiar su naturaleza de forma paulatina. El Sol se ocultó tras nubes de acero y todo se ensombreció con un tono melancólico. El ambiente grisáceo contagió a la joven que notaba, de forma sutil, cómo el desánimo invadía su cuerpo. Los pies pesaban, costaba más hacerlos avanzar por el ambiente entristecido. La primera gota cayó justo en la nariz de Freya, lo que provocó el acto reflejo de elevar la cabeza y mostrar la palma de la mano al cielo para cerciorarse de la llovizna.

—¿Cómo puede ser? —pensó en voz alta—. Aquí nunca llueve.

Acto seguido, y no solo por la creciente humedad, la temperatura descendió de forma notable. La sensación térmica no era invernal, pero la muchacha no iba vestida para tolerarla. La determinación con la que había iniciado el viaje de regreso mermaba.

Veía cómo finas gotas de lluvia cruzaban su camino o golpeaban las

lánguidas ramas de los sauces. La segunda gota aterrizó en su piel, en plena frente. Evitó reenviar su atención al cielo plateado hasta que resbaló la tercera gota por su mejilla y el murmullo del agua al llegar a la tierra elevaba el volumen. Pocos segundos después, llevar la cuenta del agua que rozaba su piel era inútil. La lluvia era fría y puntiaguda, se precipitaba con empeño, se colaba entre la piedra rosada y embarraba el suelo. La humedad y el frío eran muy propicios para que Freya enfermara; cada vez se hallaba más débil.

Desconocía el tiempo que llevaba caminando. Por el dolor de piernas imaginaba que podía haber sido un día entero, o dos, o quizás un siglo. A regañadientes, no tuvo más remedio que dar la bienvenida a la falta de compañía. Debido a esto, buscó a los fuegos fatuos con premura. En un principio no pudo encontrarlos, aun cuando el ambiente era lúgubre. Pasado un tiempo, cuando el agua comenzaba a formar charcos y amenazaba con sepultar el arroyo, algunos se asomaron de entre los árboles, sin atreverse a salir.

—Ya falta poco, Freya —la animó un ente con expresión asustadiza.

—Eso es —intervino otro entre lamentos—. No dejes que te haga daño, por favor.

—¿Me quiere hacer daño? —se preguntó, recordando a la pequeña Süss y la promesa que se hicieron mutuamente.

El cielo tronó con vehemencia. Parecía ser la respuesta a la pregunta que los fuegos fatuos no tuvieron tiempo de responder. Se detuvo para intentar digerir tal información, no podía creerlo. Fue la primera vez que se le pasó por la mente arrojar la toalla. Clavó las manos en las rodillas para pensar, retomar fuerzas y decidir mientras los zapatos comenzaban a serle inservibles. Con el cuerpo aún arqueado, torció el cuello, miró a su espalda para imaginar hasta dónde llegaría su vida si tomaba ese tren lujoso que custodiaban los jefes de estación, cómo sería esa vida que su cuadro deseaba. Al hacerlo, se llevó una increíble sorpresa: apenas varios metros atrás, el camino se encontraba seco, luminoso, presumiendo de su primavera eterna, el Sol brillaba espléndido y el agua del arroyo descendía tranquila. Volvió la mirada al frente y el infierno helado y acuoso continuaba sin inmutarse, esperando para recibirla y castigarla. Ya no le quedaban dudas: el camino no quería que escapara.

Debido al nuevo mazazo, sus piernas entumecidas perdieron fuerza. Había avanzado tanto que, por muy cautivador que se mostrara el camino, volver significaba un esfuerzo enorme, una derrota desmedida. Por otro lado, lo que se presentaba ante ella quizás era la antesala de la salida, un truco barato para asustarla o la última prueba para demostrarse su valía.

Con las pulsaciones más bajas y los pulmones hinchándose más calmados, terminó de asimilar lo que ocurría y consiguió pensar con

más aplomo.

—Si pone tanto empeño en que regrese, significa que me acerco —elucubró aún consternada—. Y cree que puedo con él.

El final se aproximaba, al menos ahora Freya lo sentía así, tenía una corazonada. No comprendía su longitud o sus constantes cambios, pero algo le decía que estaba cerca. Se puso en marcha con dificultad junto al interrogante que llevaba largo rato zarandeándose como nunca.

Luchaba contra el agua, contra la lluvia, contra la temperatura en descenso y contra el viento que comenzó a soplar con brío. Intentaba no pensar en los elementos, solo en llegar.

El tiempo en aquel lugar era relativo y, si creía que ya había caminado media vida, estaba convencida de que ya había consumido la otra mitad. Cada vez que la corriente podía con ella y perdía el equilibrio, rozaba el convencimiento de que nunca lograría superar tantas adversidades juntas. Cuando tras gran esfuerzo lograba ponerse en pie, entraba en constante debate sobre su entereza y continuaba, siempre con la sombra de la duda sobre sus hombros, empapada, muerta de frío y con un gran sentimiento de soledad. Su determinación era como un péndulo.

Tantas experiencias y desavenencias desde su entrada a la otra realidad le dieron infinidad de respuestas. La misma Freya creía en la posibilidad de que dichas respuestas dormitaban en su interior, sin tenerlo del todo claro. Necesitaba salir, necesitaba ver cómo ese globo atado a su muñeca desaparecía.

El camino, al verse superado, dobló sus esfuerzos: la lluvia era torrencial, apenas se veía a través de ella, el frío se introducía en los huesos haciéndolos temblar como las cuerdas de una guitarra, los árboles besaban el suelo doblegados por el vendaval, el lodo llegaba por encima de la rodilla. Por ello, la mente de Freya, agotada, quiso volver al presente más estricto, olvidar su objetivo y centrarse en todas y cada una de las argucias que las fuerzas de la senda de sauces guardaba bajo llave. Se encontraba en el centro de una vorágine exorbitante, por lo que no pudo soportarlo más y cayó a plomo, como un autómata sin alma. El mundo se detuvo para que el sufrimiento pudiese ser saboreado con ahínco, como un ritual, sin olvidar ningún paso ni ninguna regla. Se vio desplazada por la corriente, la cual se expandió y ocupó el largo y ancho del camino. Sacaba la cabeza a flote como buenamente podía, con la cara embadurnada y algo ensangrentada por los cortes que le producían algunas ramas que también eran arrastradas. La sensación de ahogo era una constante junto con el sabor a tierra de entre los dientes; creía que era el fin.

El osado viento había conseguido arrancar algunos sauces y se hallaban atravesados, lo que le sirvió a Freya de improvisado

salvavidas. Se agarró a un pequeño tronco y trepó con torpeza hasta verse arriba. Estaba exhausta, decaída, herida y sin apenas esperanza. No quería regresar y, aunque quisiera, sentía un miedo atroz de intentarlo por si perdía la vida bajo el agua embarrada. El soporte era muy frágil y se aferraba con terror a él.

Por sorpresa, cuando estaba convencida de que no había salida posible, un último fuego fatuo apareció en medio del camino a toda prisa, desesperado, rompiendo la lluvia.

—¡Sigue, Freya! —exclamó desesperado—. Es tu cabeza. ¡Solo es tu propia cabeza!

El cielo volvió a enfurecerse por la intromisión. Sin ápice de piedad, dejó caer un rayo sobre el ente verde descomponiéndolo con una agresividad inusitada, dejando para el recuerdo un gesto de suplicio deformado. Del estallido solo quedó una impregnación de luz, flotando sin vida, hasta que se mezcló por completo con la riada.

Abatida, la joven introdujo las manos huecas en el agua turbia para rescatar algún retal del ser de luz, sacando de ella apenas un hilo brillante que no tardó en resbalar entre sus dedos y perderse para siempre. Lloró con intensidad la muerte del pequeño espíritu, lloró la muerte de Tot, lloró por la incertidumbre de Süss, entre multitud de elementos amenazantes, más sola que nunca.

Con tanto hartazgo, tanto sufrimiento, tantos pensamientos en espiral, el vaso rebosó por el estallido que hizo desaparecer al valiente ser verdoso; sonó un «clic» en su cabeza. Unas misteriosas fuerzas de flaqueza invadieron sus pies debido a la ira. El cuerpo se electrizaba, se amorató los puños de apretarlos, prensaba la mandíbula con necesidad de partirla, de forma instintiva necesitó correr. Simplemente correr para escapar del camino, de su mente, de todo. Saltó del tronco con deseos de aplastarlo. Pronto ganó confianza. No sabía con exactitud si todo lo vivido era real o producto de su imaginación, pero lo que era real eran sus renovadas ganas de vivir, demostrarlas, que el mundo entero las viera. Solo pensaba en escapar de las redes que entre tantos habían tejido para ella. Las podía tocar, las podía romper. Sus piernas ardían, no por cansancio, sino de pura impaciencia. Dejó fuera de su cerebro todos los elementos en contra, solo visualizó la salida. A grandes zancadas machacaba la riada y la apartaba del camino como si tuviera pies de gigante.

Al igual que el ente fallecido, la joven dejaba un remanente brillante sobre el agua como la estela de un cometa depositando un hilo de polvo níveo. Ahora corría como el viento, sin importar los golpes. El violento fango sufría.

Aquel rastro era rabia. Rabia producida por todas las personas del exterior que, sin saber el motivo, utilizaron el dedo índice para señalarla, colmando su existencia de burlas y escarnio. También era el

descaro del Señor Liebe y el Señor Hass, intentando bloquearla y que permaneciera estática, sin avanzar y sin retroceder, llenándola de inseguridad, como tantos y tantos hicieron tiempo atrás. La resistencia no decaía, no importaba el cansancio, la máquina funcionaba a pleno rendimiento. Freya continuaba dejando la esencia de su dolor entre la lluvia fría. Al creer que tenía la salida cerca, el rastro era de odio. Un odio casi visceral para la figura de Ziel, de la que tantos desprecios recibió. Intentando que se sintiera sin valor, igual de vacía que todo el cosmos que les rodeaba. Otra zancada más que hizo a la riada casi partirse por la mitad fue dada por un enorme sentimiento de culpa. Ahora lo sabía, ahora era consciente del tiempo que había pasado siendo incapaz de salir de un pozo que parecía no tener fondo, creyendo que sus dolencias eran únicas, sintiendo que nadie podría comprenderla, alegando que su situación nunca revertiría. Ahora deseaba tener la experiencia que poseía en ese momento y volver atrás en el tiempo con ella.

Quizá fuese la carrera más importante de su vida hasta entonces. Corría como nunca lo había hecho, volviéndose sumamente fuerte. Por tal arrojo, Freya vio a lo lejos una silueta que imitaba sus movimientos. Los pasos evolucionaban. Ya no dejaban rastro alguno, ahora el rastro emergía bajo el agua como un remolino de empatía salida de la pequeña Süss que, tan falta de protección, la visualizaba tomando un tren a un futuro demasiado incierto y demasiado incomprensible para su corta edad. La promesa que hicieron juntas la impulsaba hacia delante, no iba a permitir más que se portaran mal con ella. Otro pisotón llevaba el rostro de Klavier y un suspiro de cariño genuino que hasta ahora no había comprendido. Era una luz entre tantas sombras que le hizo sentir alas en los talones, ese amor de una persona que se queda mientras el resto desaparece. Con el espejo muy cerca, se cercioró de nuevo de su reflejo y torció el gesto afligida. Viéndose no estaba del todo segura de poder golpearse tan fuerte como para romper la barrera, sus propias barreras, y reprimió algo su coraje.

Cesando en su carrera, vacilaba y la corriente de barro pasó a ser más fuerte que ella. Cuando por su cabeza rondó la funesta idea de haber llegado hasta el final para nada, aquello que tanto necesitaba metros o quizá kilómetros atrás, hizo aparición. Por ambos lados, por encima de su cabeza, desde su caja torácica, esquivando sus pies a toda velocidad, por todas partes, un regimiento verde salió de su escondite con un clamor que erizaba la piel y tumbaba los sauces.

—¡Ahora o nunca!

—¡No te detengas, Freya!

El cielo, fuera de sí, totalmente descontrolado, comenzó a lanzar rayos al ejército de espíritus que se podía contar por miles. Por cada

rayo un brillo se apagaba. Con cada baja el vigor del enorme grupo aumentaba y hacía un esfuerzo titánico para emitir más luz y que así Freya se sintiera arropada. Se mantenía impasible ante la belicosidad del cielo. El caos se materializó en forma de gemidos de dolor, alaridos de furia, explosiones de electricidad y el ruido constante de la corriente fracturándose.

A punto de chocar contra el espejo, una Freya emocionada hasta el extremo palpaba la nube esmeralda que la rodeaba dispuesta a morir por ella. A toda velocidad, colocó el hombro como un ariete, se miró a sí misma y, dejándose llevar, vació los pulmones con un grito desgarrador dispuesta a dar todo contra sí misma.

—¡¡¡Ahora!!! —exclamaron los fuegos fatuos el unísono con todas sus fuerzas.

Freya golpeó su imagen con la mayor de las añoranzas y anhelos que guardaba en su interior. El estruendo fue enorme. Su reflejo se hizo añicos, el muro se desintegró y volvió a su dimensión.

A diferencia del camino, la gran ciudad estaba oscura. Era noche cerrada y no había ningún alma a la entrada. Tan solo Klavier, sentado ante su piano blanco, con los párpados caídos. Debido al ruido, salió de su duermevela de forma abrupta, se frotó los ojos y se topó con algo con lo que llevaba soñando demasiado tiempo.

—¿Freya? —indagó inseguro—. ¿Es usted?

La muchacha, aún algo dolorida por el golpe, se incorporó y pudo comprobar cómo el portal y el camino guardaban total normalidad. Ni rastro de agua enturbiada, lluvia o cualquier desastre; el Sol brillaba en lo alto, el suelo rosáceo lucía impoluto y el arroyo volvía a ser una caricia para los sentidos. Todo ello a la espera de que alguien se armara de valor para llegar al final. Ella se mantenía sana y limpia. Su pelo, desprovisto de las gomas que sujetaban sus coletas, caía armonioso mostrando a Klavier su aspecto de mujer adulta. Algo desorientada y confusa, enseguida prefirió ignorar el estado del camino de sauces para buscar al pianista.

—¡Klavier! —exclamó eufórica—. ¡Dios mío, Klavier, es usted!

Abrazó a su amigo con demasiada fuerza, como si quisiera fundirse con él. Klavier se dejó llevar por el momento y permitió a sus ojos humedecerse. Se mecieron juntos, siendo la primera vez que se veían ambos con una sonrisa inmensa en el rostro.

—Las ganas de tenerla aquí me estaban devorando, *madame* —expresó emocionado cuando la rodeaba con sus brazos kilométricos—. Necesitaba saber si estaba bien. Y veo que lo está.

—Qué alegría volver a verle —comunicó separándose de su amigo y tomándolo de las manos para poder contemplarlo.

—Cuénteme, ¿qué ha pasado ahí dentro? Noto en usted muchos cambios.

El encuentro propició de forma natural, con todo lujo de detalle, que Freya relatara lo acontecido en la otra dimensión. Se sinceró sin tapujos y se sintió libre. En un momento, la culpabilidad obligó a la joven a sincerarse.

—Klavier... —acertó a pronunciar—. Le debo una disculpa.

—¿Disculpa dice?

—Admito que llegué a odiarle cuando estaba ahí dentro —confesó sin demora. Era evidente que necesitaba sacar esa losa de dentro.

El pianista, al escuchar la confesión, sonrió con una ternura desmedida.

—¿Y me sigue odiando? —preguntó seguro de saber la respuesta.

—No, claro que no. ¿Cómo podría hacer eso?

—Me quedo mucho más tranquilo —añadió irónico.

Klavier, alegre, dobló su cuerpo para poder besar la frente de Freya. Al hacerlo, echó de menos sus coletas, pero se conmovió al ver a su amiga con un semblante tan bien armado.

—¿No se enfada conmigo?

—No se preocupe, querida amiga. —Sonrió—. Contaba con dicho sentimiento.

—¿Contaba con ello?

—Así es.

Fue la primera vez que se alejaron de la entrada del camino juntos, ambos con las manos entrelazadas en los lumbares, dando un distendido paseo por la gran ciudad silenciosa que, por lo pronto, parecía vestirse con una cara más amable.

—Klavier, sigo sorprendida —comenzó Freya—. He aprendido demasiadas cosas ahí dentro en muy poco tiempo.

—¿Poco tiempo? —cuestionó afectuoso—. ¿Cuánto tiempo cree que ha estado allí?

—No sabría decirle... ¿Un día? ¿Dos?

El pianista rio como solía hacer cuando su amiga mostraba señales de ingenuidad. En el fondo lo echaba de menos. Se desligó las manos, abrazó los hombros de su amiga y habló con más ternura.:

—*Madame*, si le soy sincero, perdí la cuenta de los días que estuvo en el camino, en la plaza y en la estación, pero le puedo asegurar que han pasado bastantes años.

La muchacha convertida en mujer se detuvo abrumada, con la boca en redondo, sin ser capaz de asimilar lo que acababa de oír.

—¿Ha dicho años?

—¿Usted cree que todas las lecciones que ha recibido se consiguen en unos días?

Freya tomó la mano del pianista que rodeaba sus hombros y se la apartó para poder enredarse en su brazo, como la niña que aún vivía en ella y apoyó la cabeza en su cuerpo. Prosiguieron su camino

despacio, queriéndose sin medida.

—¿Acaso sabe las lecciones que aprendí?

—Oh, claro que no —dijo gentil—. Tengo mis hipótesis, en absoluto certezas.

Hubo un silencio, similar a cuando Freya era alguien a quien le costaba sincerarse, sin embargo, ya no llevaba su coraza puesta. Esa coraza que evitaba recibir algunos ataques de fuera, pero que acaba devorándola por dentro. Ya no sentía la necesidad de defenderse de cualquier cosa, y menos de alguien como Klavier.

—Cuando algo hace mucho ruido, parece encontrarse en todas partes —comenzó a explicar Freya—, pero hay algo o alguien esperando en un amargo silencio. Como si estuviera escondido.

—Quizás ese algo o ese alguien tenga el mismo miedo que usted.

—Usted también se escondía, ¿verdad?

Tras la inocente pregunta, Klavier sintió que era Freya quien le hacía una revelación. En su papel de protector, había olvidado por un momento que se puede aprender de cualquiera.

—Me temo que sí —alegó pesaroso—. Las personas como nosotros debemos buscar en los rincones para encontrar algún corazón que lata en la misma sintonía.

—Yo ya le conozco a usted.

Freya se aferró aun más al brazo de Klavier y este sintió un escalofrío agradable por toda la espalda. Pasearon tranquilos con el cantar de un grillo como único acompañante. Las farolas apenas iluminaban una pequeña área y no era suficiente para mitigar el ambiente lúgubre típico de aquel lugar mustio. Los edificios se presentaban más muertos que de costumbre, a excepción de una pequeña ventana iluminada. Automáticamente, Freya pensó que en ese hueco podría existir otro corazón en sintonía con el suyo, incapaz de conciliar el sueño. Pensando que era la única persona despierta a esas horas.

—Me he mostrado muy confiado antes, permítame que lance una cuestión —intervino Klavier rompiendo con suavidad un silencio que no les incomodaba—. ¿Sabe por qué la empujé a entrar en el camino?

—Ahora sí —respondió segura—. Me costó mucho aceptarlo.

El espigado pianista suspiró de alivio mostrando que su seguridad no era completa.

—Toda la vida me he sentido enfadada —continuó Freya algo más afligida—. Me revelaba, me sentía vacía y me culpaba después, pero desconocía el motivo. Cuando llegué hasta la plaza, al principio, aquel lugar me maravilló, luego vi a Ziel y, con una paradoja demoledora, tanta fantasía me dio un golpe de realidad. Vi lo que la gente sufre, lo que la gente soporta en silencio y todo lo que asume sin desearlo, sin cuestionarse nada, como una obligación de su destino o su vida.

Se detuvieron. Klavier seguía atento a cada palabra y cada gesto, a Freya le costaba mantener la mirada erguida y su lenguaje corporal hablaba un idioma cristalino. El pianista, conociendo la situación, animó a su amiga a seguir.

—La escucho, *madame.* No se detenga.

—Me di cuenta de que no quiero ser así, quiero seguir haciéndome preguntas, por mucho que duelan. No quiero pagar con los demás si me siento triste o perdida. En ocasiones intentaba parecer fuerte y desapegada, pero por dentro la cosa era bien distinta. Me he equivocado muchas veces.

—Las personas se equivocan cuando están sometidas a mucha presión, estimada amiga.

—Me siento culpable por ello.

—Es curioso cómo las personas nos sentimos culpables por no ser perfectos cuando nadie lo es. —Con un solo dedo, Klavier empujó con dulzura la barbilla de Freya para evitar que continuara cabizbaja y sintiera orgullo de su hazaña—. Nadie.

La joven esbozó una sonrisa indicando que la cabeza pensaba lo mismo que Klavier, pero su interior luchaba con otro pensamiento diferente sin haber un claro vencedor. Tras el gesto casi paternal, la pecosa mujer sintió cómo su memoria se arrugaba.

Dejando atrás la ventana iluminada, la pareja de amigos retomó el paseo como si ahora fueran ellos los que imponían su ley a los bloques de viviendas apagadas. Como si lo de alrededor fuera un mero decorado para una función que no era la suya. Sin árboles ni jardineras, ni caminos pedregosos que descubrir, tan solo metal y piedra desgastada que, llenos de confianza y calma, habían relegado a un segundo plano. Sin pensar por un momento emprendieron el camino de vuelta a la entrada del camino tras una larga caminata.

—Ahora la pregunta la hago yo —comunicó la muchacha convertida en mujer con mejor humor—. ¿Qué aprendió usted ahí dentro?

Ante la cuestión, Klavier percibió un repiqueteo en el esternón. Había repasado todo lo aprendido en el camino una y otra vez, mentalmente, hablando solo en voz alta. Se le presentaba la primera oportunidad de compartirlo con alguien, alguien muy querido y pudo comprobar cómo continuaba doliendo.

—A veces, por desgracia, hay que llegar a nuestro límite para no tener opción y tener el valor de actuar. Darnos cuenta de que no merecemos tantas zancadillas, que valemos mucho más de lo que nos han hecho creer y que no lo vamos a permitir más. O, al menos, esa es la intención. —Con las primeras frases y el tono usado en estas, Freya ya sentía cómo le abrazaban el corazón—. Bucear por nuestras miserias, aceptarlas y enfrentarlas es una tarea dificilísima. Quizá, de

forma inconsciente, uno se defiende con uñas y dientes, pero lo hacía muerto de miedo porque sabía que por dentro se estaba destruido. Ahora, en cambio, después de recomponerse, no se está dispuesto a que vuelvan a derribar el castillo que con tanto esfuerzo y dolor se ha levantado. Pero, hágame caso, lo intentarán.

—Sí, eso me temo.

—Otra cosa que aprendí fue que hay asuntos que jamás cambiarán. Intentar hacerlo solo generará frustración y agotamiento, como ha comprobado tantas veces. Es como intentar derribar un muro con las manos desnudas. Rendirse y poner tierra de por medio es la opción más saludable, porque rendirse no es malo. De nada vale tener razón si su mente no se siente en paz.

—Veo que hemos tenido las mismas revelaciones.

—Las personas estamos en constante cambio. Yo no soy el mismo que hace cinco años, diez años. Es posible que no sea siquiera el mismo de ayer. Sin ir más lejos, fíjese en usted, quién era antes de entrar al camino y quién es usted cuando salió. Recuerde esto el día de mañana. Cuando le digan que ha cambiado, cuando llegue la hora de poner límites, vigile quién se alegra y quién se ofende, se sorprenderá. Y es solo porque ha decidido que su amor propio es algo vital y no va a permitir que abusen más de usted. Esto no quiere decir que nunca más vaya a sentirse sola, que nunca más se sienta insignificante; es más, es posible que se sienta más sola que nunca. Días como esos tendrá por doquier, la diferencia es que ahora tiene las herramientas para reponerse de ellos. Nunca lo olvide.

—Klavier, no me deje nunca. —Sonrió enternecida.

—Si me permite la osadía, solo la muerte podrá separarme de usted.

La mañana llegó fría, sin atisbo de nubes, totalmente despejada. El Sol volvía a las andadas y dejó los paraguas a la entrada de los hogares. Los curiosos del camino llegaron como una estampida y quedaron ante la entrada, siempre embriagadora. No les quedó más remedio que reparar en algo inusual y del todo sorprendente. Ahora, ante el elegante piano blanco no se sentaba Klavier, se sentaba una mujer que para ellos guardaba un tremendo parecido con Freya.

—Oh, veo que ya han llegado —dijo Freya recuperando sus gomas para el pelo y haciéndose sus características coletas danzarinas. Cuando eso ocurrió, el gentío agolpado ante la entrada cayó en la cuenta de quién era—. Cuando quieran.

Ahora, con sus dos coletas pelirrojas y el gris de sus ojos vivos, con su aspecto habitual sentía más orgullo que nunca, por ello en tanto el interrogante flotaba sin necesidad de cordel ni miedo a perderlo, ahora deseaba tenerlo cerca. Estrenando nueva etapa, esperó al próximo valiente recordando a Klavier, el hombre virtuoso que la

ayudó a que se convirtiera en una virtuosa de la vida. Con Tot en la memoria y a la espera de recibir a la pequeña Süss convertida en toda una mujer.

ÍNDICE